

PARTE 9

MARIA BEATOBE

POR AMOR

FUIMOS MAGIA

Click
EDICIONES

Índice

Portada

Capítulo 155

Capítulo 156

Capítulo 157

Capítulo 158

Capítulo 159

Capítulo 160

Capítulo 161

Capítulo 162

Capítulo 163

Capítulo 164

Capítulo 165

Capítulo 166

Capítulo 167

Capítulo 168

Capítulo 169

Capítulo 170

Capítulo 171

Capítulo 172

Capítulo 173

Capítulo 174

Capítulo 175

Capítulo 176

Capítulo 177

Biografía

Créditos

Click

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro

y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte



La palabra *embarazada* retumbó en mi cabeza varias veces mientras Noe esperaba ansiosa nuestra reacción. Personalmente me había quedado sin palabras, no me lo podía creer. ¿Noe embarazada? Si llevaba muy poco tiempo con Marco... Tenía que haber una explicación para esto.

Cloe me pedía a gritos ayuda con la mirada para que fuera yo la que continuara esta conversación bomba, y solo se me ocurrió hacerlo de una manera.

—¿Embarazada? —dije con un hilo de voz.

Vale que no había sido la pregunta más crucial ni la más elaborada, pero es que en ese momento no tenía ni idea de qué decir. Estaba totalmente bloqueada y solo se me ocurrió esa.

—Sí —asintió.

—Pero ¿te has hecho la prueba? —preguntó Cloe, cogiéndola de la mano.

—No, aún no...

—¿Entonces?

—Llevo una semana de retraso y mi regla es superpuntual.

—Pero ¿cómo ha sido, nena?

—Nai, en cualquier otro momento te habría respondido algo soez, en plan «papá mete la semillita a mamá y la empuja con la punta de la...», pero no tengo fuerzas.

—Joder, quiero decir..., ¿qué ha pasado? Tú siempre has sido muy responsable con este tipo de cosas.

—Una de las veces se nos rompió el preservativo; imagino que sería en ese momento, pero ¿quién se iba a imaginar que acabaría así? Cuando ocurrió, Marco me propuso ir al hospital y que me dieran la píldora del día después, pero, tras hablar más tiempo, pensamos que había pocas probabilidades de embarazo y decidimos no acudir. Si es que soy gilipollas.

—Joder, joder, joder —repetía Cloe, nerviosa.

—Y Marco, ¿qué dice?

—Estamos juntos en esto al cien por cien. La verdad es que, a pesar de que llevamos poco tiempo, no se ha separado de mi lado desde que le conté lo del retraso.

—Y ¿por qué no te has hecho la prueba aún?

—Porque estoy acojonada, joder. Me da tantísimo miedo que la prueba salga positiva...

—A ver, nena —dije, cogiéndole las manos—, sea lo que sea, debéis saberlo, más que nada por si tienes que ir al médico, o lo que haya que hacerse en estos casos.

—Ya —suspiró—. Chicas, estoy cagada.

Y nos abrazó con fuerza en busca de refugio. Menudo papelón; si Noe estuviera embarazada, supondría un duro golpe para ella, en todos los sentidos.

—Bueno, mira, ¿sabes lo que vamos a hacer? —dije, intentando parecer serena—. En la otra calle hay una farmacia veinticuatro horas; voy a ir a comprar un test, nos vamos a casa y lo hacemos, ¿vale?

—No, no, no —respondió, alzando las manos con gesto de pánico—. Ni de coña. Menudo regalito de Papá Noel.

—A ver, Noe, tarde o temprano tendrás que hacerlo, así que mejor ahora que mañana.

—Pero es que dicen que es más fiable nada más levantarte. —No hacía más que buscar excusas.

—Sí, pero con una semana de retraso seguro que ya sale un resultado más o menos fiable —intervino Cloe, como si fuera una experta en estas situaciones.

—Que no...

—Que sí —respondimos Cloe y yo al unísono.

—¿Y qué le decimos a vuestros chicos? «Mirad, es que la descerebrada de nuestra amiga cree que está embarazada y nos vamos, en plena Nochebuena, a comprar un test de embarazo, así que marchaos a casita y ya mañana nos vemos y nos felicitamos las fiestas.»

—Joder, Noe, no tenemos que ser tan directas —me quejé.

—Pues a ver, dime tú qué les decís —respondió, poniendo los brazos en jarras.

—Yo qué sé, tampoco hay que engañarles, ¿no? Con decirles que vamos contigo a hacerte la prueba, nos pueden esperar aquí —intenté convencerla, sin saber muy bien lo que decía.

—Claro, «tomaos unas copillas que ahora venimos, después de que a Noe se le arruine la vida al ver el test positivo».

—¡Joder! —se quejó Cloe con firmeza—. ¡Solo queremos ayudarte! Entiendo perfectamente que no te la quieras hacer por si sale positiva, pero nosotras no tenemos la culpa. Así que vete relajando porque, quieras o no, vas a hacerte la prueba esta noche, aunque sea aquí mismo, en la jodida puerta de la discoteca.

Noe y yo nos quedamos calladas; no nos esperábamos que Cloe respondiera así, pero en cierto modo tenía razón: las dos nos estábamos comiendo la bronca de Noe sin tener la culpa. Daba la sensación de que estaba descargando en nosotras el cabreo que tenía consigo misma por lo que estaba viviendo.

Estuvimos un par de minutos sin decir nada y con la mirada puesta en cualquier lugar para evitar mirarnos a los ojos.



Después de esa tensión tan incómoda donde no hubo conversación alguna, fue Noe la que rompió el hielo.

—Vale —resopló—, tenéis razón, chicas, perdonadme.

—Noe... —intentó decir Cloe.

—No, espera, déjame terminar. —Y cogiendo aire para no romper a llorar, continuó hablando—: Nunca pensé que me vería en una situación como esta, con dieciocho años y pensando que, después del verano, podríamos ser uno más en casa. Estoy muy nerviosa, aunque creo que eso no hace falta que os lo diga porque lo estáis sufriendo, y en lo único que pienso es en que no estoy preparada para esto, no estoy lista para ser madre. —Hizo una pausa para volver a coger aire—. Así que vamos a acabar con esto de una vez y compremos ese jodido test.

Tras mirarla también con los ojos empañados, las tres nos abrazamos como hacía tiempo que no lo hacíamos. Desde fuera, podía parecer que estábamos medio borrachas en el momento de exaltación de la amistad, pero nos importaba bien poco; Noe nos necesitaba y aquí estábamos las unicornias unidas para apoyar a nuestra amiga, como siempre lo habíamos hecho.

Una vez nos separamos, nos entró la risa nerviosa. ¿No os ha pasado nunca que en una situación tensa te da por reír a causa de los propios nervios y no eres capaz de parar? Pues ese fue nuestro caso; nos entró la risa floja, que se mezclaba con las saladas lágrimas que nos resbalaban por el rostro, y dio lugar a una emoción rara a la que no sabría ponerle nombre.

—Ah, y otra cosa —apuntó Noe, señalándonos—. Nos vamos a mi casa, que mi madre va a pasar la noche fuera, y vuestros chicos vienen con vosotras.

—Pero...

—Pero nada, Cloe, nos vamos los seis a casa y que sea lo que tenga que ser.

Y eso hicimos; fuimos a la farmacia más cercana, aunque solo Noe y yo pedimos la prueba por la ventanilla a una chica que seguro que estaba jodida

por tener que currar el día de Nochebuena. Mientras metía la caja en una bolsita, nos dijo el precio y casi nos da algo: ¡catorce euros con veinticinco céntimos!

—¡Joder! Pues sí que sale caro el salir de dudas, no me jodas —saltó Noe sin pensarlo. Los nervios no le habían quitado esa espontaneidad que tanto la caracterizaba.

La farmacéutica alzó los hombros como diciendo «a mí qué me cuentas, haber puesto medios, guapa», y oye, algo de razón tenía.

Pagamos y Noe fue enseguida junto a Marco para contarle a regañadientes lo que le había costado y la mirada que la chica nos había lanzado.

Caminamos hasta casa de Noe. Era un paseíto largo, pero se agradecía tomar el aire antes de enfrentarnos a la pantallita digital de la prueba, que tantas alegrías y penas habría causado a muchas parejas.

Gael y yo íbamos los últimos, cogidos de la mano, y aproveché para contarle todo con más calma, sin que Noe me escuchara. En la discoteca había tenido que ser muy escueta.

—Joder, pues es un papelón, ¿no? —respondió.

—Ya te digo.

—Y ¿qué opina Marco?

—Por lo visto, se está portando muy bien con ella.

—Pues me alegro, porque hay algunos que cuando les pasa algo así salen corriendo.

Lo miré entre extrañada y con ganas de saber más.

—¿Y tú? ¿Qué harías si nos pasara a nosotros?

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Pues estaría contigo, evidentemente —respondió, mirando al frente.

—¿Sí?

—Claro, ¿por qué no?

—No sé, lo mismo eras uno de esos cabrones —vacilé.

—¡Venga ya! No digas tonterías, Nai. Estaría contigo en todo, no lo dudes.

Le miré, me guiñó un ojo y continuamos caminando. En pocos minutos estábamos entrando en casa de Noe; yo la observaba y cada vez estaba más pálida. Joder, es que menudo trago estaría pasando mi unicornia.

Noe entró directamente en la cocina para sacar unas cervezas y la seguí hasta allí.

—Anda, déjame a mí hacer esto y tú vete con Marco al baño —le dije, retirándole las bebidas de las manos.

—No te preocupes —respondió sin mirarme.

—A ver, Noe, que lo dejes. Tienes que hacerte la prueba sí o sí, así que no le des más vueltas.

Me miró con el gesto descompuesto.

—Sí, ¿verdad? Debería ir ya a hacérmela.

—Sí, nena, aquí te estaremos esperando.

—Vale.

Y me dio un abrazo, que recibí con parte de pena por que estuviera pasando por esa situación. Si es que mi madre siempre me lo decía: «Hija, recuerda que yo con dieciocho años te tuve a ti y no pude disfrutar de mi adolescencia, así que tú vívela y ya tendrás tiempo de tener niños», pero claro, no era momento de echarle el sermón a mi amiga.

Salí al comedor con cuatro latas de cerveza en las manos y la mirada puesta en Marco y Noe mientras se dirigían al baño, al final del pasillo. Él con la mano en su cintura, animándola a hacer algo que, desde luego, no era lo que más deseaba hacer.

Cloe, Hugo, Gael y yo permanecíamos en silencio, como si estuviéramos en un velatorio; solo mirábamos al suelo y, de vez en cuando, hacia el pasillo mientras esperábamos una respuesta.

Gael me tenía cogida la mano y a ratos me la apretaba. Yo le miraba y él me guiñaba un ojo para transmitirme tranquilidad. Vale que yo no era la que estaba haciéndose la prueba, pero estaba viviendo la situación casi como si lo fuera. Una de mis mejores amigas estaba metida en un lío, por decirlo de alguna manera, y aquí estábamos sus unicornias para apoyarla hasta el final, pasara lo que pasara y mostrara el test lo que mostrara.

El tiempo corría superdespacio y los nervios cada vez se me agarraban más al estómago. Los segundos parecían minutos y estos, horas.

No sabía exactamente cuánto tiempo había transcurrido, pero de pronto oímos que la puerta del fondo del pasillo se abría y me levanté como si así fueran a llegar antes al salón; crucé los brazos, nerviosa, y Cloe se vino a mi lado.

Marco apareció y, con un gesto de la cabeza, nos indicó que fuéramos al baño con Noe; no tardamos nada en pillarlo y salir literalmente corriendo

hacia allí.

Llamamos a la puerta con los nudillos.

—Noe, somos nosotras, ¿podemos pasar?

—Está abierto —susurró.

Cloe y yo nos miramos, cogimos aire, lo expulsamos y abrimos la puerta despacio, temiendo lo que pudiéramos encontrarnos.



Noe estaba sentada sobre el váter, mirando hacia el suelo, mientras sujetaba el test entre las manos. Estaba colocado boca abajo, lo cual hacía que no pudiéramos ver el resultado.

Las dos nos arrodillamos ante ella y buscamos su mirada.

—Noe —susurré—, ¿qué ha salido?

Y sin responder, dio la vuelta a la prueba. Tenía el corazón en un puño, no me atrevía ni a mirar por si acaso, pero al final lo hice: «No embarazada». Eso era lo que ponía clarísimamente en la pantalla de esa cosa que no tenía ni rayas rosas ni azules, únicamente letras que aclaraban perfectamente el estado de mi amiga.

Cloe y yo abrimos los ojos como platos, a la vez que se nos llenaron de lágrimas.

—¡Nena! ¡No estás embarazada! —dije casi gritando.

Noe empezó a llorar con fuerza y nos abrazó sin dejar de sollozar; estaba claro que los nervios estaban saliendo en forma de lágrimas de una manera potente y descontrolada.

—Cariño, ¡que no lo estás! —dijo Cloe.

—No... —hipaba.

—Ya puedes relajarte, nena. —Le acaricié la espalda mientras seguíamos unidas.

—Aun así, mañana me haré otro por la mañana, por si acaso...

—Vale, pero bueno, si después de una semana de retraso este cacharro dice que no, algo de razón tendrá, ¿no?

—Supongo. —Sorbió por la nariz.

Nos quedamos un ratito más en el baño hasta que Noe estuvo un poco más tranquila (y Cloe y yo también, para qué nos íbamos a engañar) y después nos dirigimos al salón. Cuando vi la cara de Gael ya sabía que Marco les había contado el resultado de la prueba; se acercó despacio a mí, con una amplia sonrisa, me cogió de la cintura y me abrazó.

—¿Cómo estás? —me musitó al oído.

—Bien.

—Has llorado, ¿verdad?

—Un poco.

—Estate tranquila, pequeña.

Y me dio un beso en el cuello.

No estuvimos mucho más tiempo en casa de Noe porque pensamos que, ahora que había pasado el susto, era mejor que se quedaran solos a asumir todo lo que había ocurrido; ya hablaríamos todos en otro momento. Así que nos despedimos en el umbral de la puerta y quedamos en vernos al día siguiente.

Gael y yo nos separamos de Cloe y Hugo en el portal y cogimos un taxi para dirigirnos a su estudio nuevo y dormir allí, estar solos y disfrutar de lo que quedaba de noche juntos. En pocos minutos, estábamos entrando ya en su casa y lo primero que hice fue quitarme los zapatos.

—Qué dolor de pies —me quejé mientras me masajeara la planta.

—Ven, siéntate en el sillón.

Y, cogida de su mano, me llevó hasta allí para sentarnos juntos.

—A ver, trae —dijo.

—¿El qué?

—Tus pies.

—¿Me vas a hacer un masaje? —Alcé las cejas.

—¿No quieres?

—¡Sí, sí, sí!

Y los coloqué encima de sus rodillas mientras acomodaba la espalda en el reposabrazos. Empezó a masajearme los dedos uno a uno y casi me da algo. Cerré los ojos y me concentré en esa placentera sensación.

—¿Mejor?

—Joder, ya te digo..., voy a morir de placer.

—Mujer, preferiría que murieras de placer de otra manera —dijo en tono travieso.

—Bueno, eso luego.

Oí su carcajada y sonreí al instante.

—Pero no te duermas, ¿eh? —insistió.

—Que no...

—¿Seguro?

—¡Oye! ¡Que has sido tú el que querías dármelo! ¡No seas cansino! —me reí, mirándole.

—Vale, vale —se carcajeó de nuevo.

Joder, qué guapo era; su sonrisa, sus ojos, su pelo, sus manos, su cuerpo..., todo él. Para mí era el mismísimo *David* de Miguel Ángel, aquel que mi madre decía que el día que lo vio al natural le impresionó muchísimo por la perfección tan absoluta de la escultura. Pues para mí Gael era así, la perfección en persona. Por no hablar de su forma de ser, siempre atento, respetuoso conmigo, pero sin dejar de ser él. No podía pedir más.

Después de cinco minutos de masaje, que a mí me parecieron el *summum* de la relajación y el placer corporal, Gael se levantó mientras me decía:

—Espera, ahora vengo.

Y se perdió dentro de la habitación.

—¿Qué haces?

—Ahora lo verás, no seas impaciente —reía desde allí.

Al minuto, salió con un paquete de regalo entre las manos, se sentó junto a mí y me lo ofreció.

—¿Y esto? —pregunté sorprendida.

—Feliz Navidad, cariño.

Venga, vale, antes me había quedado corta en la definición de perfección. No solo era atento, respetuoso y cariñoso, sino que también era ¡detallista, romántico y estaba buenísimo! Esto no podía ser verdad; seguro que era un holograma creado por ordenador que en cualquier momento desaparecería de mi vista y yo me quedaría hundida en la miseria durante el resto de mi vida.

¿En serio tenía un regalo de Navidad para mí?



Gael esperaba con una sonrisa a que cogiera el paquete que me estaba tendiendo y yo, supernerviosa, me había quedado como bloqueada.

—Venga, ábrelo —me invitó.

Lo cogí, diciendo gracias con un hilo de voz que no sabía ni de dónde había salido. Cuando lo tuve en las manos paseé los dedos por el papel que lo envolvía; era especial, diferente, no era el típico con el que te suelen envolver los regalos, de esos con muñequitos o personajes Disney que a la primera se te rasgan. Este era rojo, con cuerpo, consistente y muy elegante, sin ninguna letra ni símbolo impresos. El papel era protagonista por sí mismo.

Lo abrí despacio y me encontré con una caja de color azul con la siguiente inscripción en letras de color plata:

William Shakespeare
Romeo and Juliet
 London 1599

El corazón me dio tal vuelco que por un momento llegué a pensar que me daría un infarto. ¡*Romeo y Julieta*! ¿Cómo sabía Gael que yo moría por esa historia? Tragué saliva y abrí la caja despacio.

—Pero...

—Espera, antes de que lo abras del todo, como ya sabes lo que es, déjame que te explique.

Lo miré aún con los ojos como platos, asombrada por el regalo que tenía entre las manos.

—Es un facsímil —me informó.

—¿Un qué?

—Tranquila, yo reaccioné igual cuando me lo dijo el vendedor —sonrió—. Es una réplica exacta de la primera edición del libro de *Romeo y Julieta*.

Quiero decir que no es una primera edición —aclaró con un punto de vergüenza.

—A ver... —parpadeé varias veces como para aterrizar—, Gael, me da igual si es una primera edición o un *fac* de esos que has dicho. No has podido acertar más en el regalo, yo... ¡jamás pensé que sostendría en mis manos una réplica exacta del libro que más he leído en mi vida! ¡Réplica exacta! ¿Tú sabes lo que significa eso para mí?

Cogió aire y resopló, como aliviado y orgulloso por haber dado en el clavo.

—Aquí hay un papel donde explica cómo se ha hecho.

Lo cogí y, temblándome el pulso, lo leí en alto: «Encuadernación similar a la original de la época en holandesa con puntas, papel artesanal de aguas. Título, autor y edición grabados en oro en el lomo. Cinta guía azul. Guardas en papel artesanal de aguas similar al de la encuadernación original de la época. Páginas impresas a color en papel especial verjurado de 90 g».

No tenía palabras para expresarle cómo me sentía y lo feliz que estaba. Así que me acerque a él y, tras darle un beso como mandan los cánones, le pregunté cómo había sabido mi predilección por esa historia.

—Bueno, digamos que tuve algo de ayuda.

—Ya..., ¿de un par de unicornias quizá?

—Puede ser...

Saqué el libro con suma delicadeza y lo acaricié con dulzura; solo de pensar que tenía delante la misma obra que publicó Shakespeare me volvía loca. Al cogerlo, cayó un papel en el que había algo escrito a mano y que agarré casi al vuelo antes de que tocara el suelo. Lo empecé a leer mientras Gael me miraba serio.

Feliz Navidad, mi niña. Estas son nuestras primeras Navidades juntos; quería que tuvieras un regalo especial, y por eso intenté conseguir una edición para coleccionistas de esta obra, que sabía que para ti era tan importante. También para que sepas que quiero que nosotros estemos juntos hasta el final y, como dice una frase del libro: «Cuando te vi me enamoré y tú sonreíste porque lo sabías». Soy consciente de que me enamoré nada más verte y cuando me sonríes sé que lo sabes. Nai, te quiero más que a nada en este mundo, y nadie jamás me hará pensar lo contrario.

Con los ojos empañados, lo miré y me tendió una pequeña bolsa de papel con adornos navideños impresos.

—Nai, ese no era el único regalo que quería hacerte.

—Joder, Gael... —me enjuagué las lágrimas—, me vas a volver loca.

—Pensé que ya lo estabas —respondió, pícaro.

—¡Ya me entiendes!

—Toma. —Y cogí la bolsa con una sonrisa tonta en los labios.

Apenas pesaba; estaba cerrada con un trocito de celo y no podía ver lo que había en su interior. Lo retiré intentando no romper la bolsa y me asomé curiosa para ver qué era, ¡y lo vi! ¡Era un llavero en forma de estrella fugaz del que colgaban dos llaves!

—¿Y esto? —pregunté, asombrada.

—Son las llaves de mi casa, una del portal y otra del estudio. Quiero que las tengas y que entres y salgas cuando quieras.

Me quedé boquiabierta.

—Sabes que me encantaría vivir contigo —acerté a decir.

—Lo sé, pequeña —respondió, y me atrajo hacia él—, pero por algo se empieza.

—Gracias, cariño. Gracias por todo, jamás podré agradecerte todo lo que has hecho y estás haciendo por mí.

—No tienes que dármelas, lo hago porque lo siento así.

—Yo tengo tu regalo en casa, pero ya te advierto que para nada es tan personal como los tuyos.

—Sea lo que sea, será perfecto. Pero ¿sabes qué? Que mi mejor regalo ya lo tengo, y es que tú estés aquí a mi lado.

Le cogí la cara y lo besé despacio, saboreando el momento y mirándole a los ojos cada vez que me separaba. Él hacía lo mismo y su mirada se volvió cada vez más canalla y sexual, hasta que acabó cogiéndome en brazos para llevarme a su cama.

—Coge la cartera —dije con sorna.

—¿El qué?

—La cartera, que tenías ahí los condones. Los tres condones —recalqué con retintín.

—Qué mala eres... Te vas a enterar, a ver luego quién ríe el último.

Y cerró la puerta de la habitación con el pie.

*Dos meses después*

Ya había pasado todo el embrollo de las Navidades y lo que conllevaban: fiestas, digestiones pesadas, descontrol horario..., y nos encontrábamos a finales de febrero.

La Nochevieja la pasamos en la misma discoteca donde celebramos la Nochebuena, pero esta vez sin sustos ni sobresaltos.

El mes de enero estuve prácticamente encerrada en casa preparándome los exámenes del primer cuatrimestre. No quería empezar la universidad suspendiendo y me esforcé un montón por sacar buenas calificaciones; de hecho, aprobé todos los exámenes, unos con más nota y otros con menos, pero todos superados. Mis amigas también salieron airoso de nuestras primeras pruebas como universitarias.

Por su parte, Gael también se aplicó mucho y, aunque sacó muy buenas notas, le quedó una para septiembre, y se pilló un mosqueo... Él juraba y perjuraba que le había salido bien, es más, reclamó al profesor, pero nada, se le quedó en un cuatro.

Me había pasado varios fines de semana en casa de Gael. No les había contado a mis padres directamente que tenía novio, pero suponía que ya lo sabrían, porque no pensaba que se creyeran que todos los fines de semana los pasaba con Noe y Cloe. Pero como de momento no preguntaban, yo seguía diciendo lo mismo.

Pero el fin de semana siguiente iba a ser diferente porque era el cumpleaños de la única unicornia que aún no era mayor de edad: ¡Cloe! Y como no podía ser menos, ya teníamos preparada una fiestecita para celebrarlo.

¿Y qué se nos ocurrió? Pues escaparnos los seis un fin de semana a un hotel rural con *spa*. Hugo había conseguido sonsacar a nuestra amiga que

prefería un cumpleaños no muy multitudinario, algo tranquilo, y qué mejor que relajarnos entre piscinas con burbujas.

Hugo tenía bastantes contactos y consiguió que le hicieran un buen precio para todos, porque, claro, de los seis solo Marco y Hugo trabajaban. Así que nos salió casi un cincuenta por ciento más barato y nos lo costeamos sin problema.

Como el cumpleaños de Cloe caía en sábado, decidimos entre nosotros que nos iríamos el viernes por la tarde para llegar allí a cenar. La coartada consistía en que Hugo le diría a Cloe que salieran los dos solos y que, ya en el coche, ella viera que iban un poco lejos, por lo que pensaría que algo había.

Yo ya había hablado con su madre, que sabía que su hija salía con Hugo, y le expliqué que nos la llevábamos el fin de semana, que nos preparara una mochila con lo necesario y que yo me pasaría a por ella el jueves por la tarde.

La idea era cenar en el hotel y volver el domingo después de desayunar. ¡El plan pintaba estupendo!

Aún estábamos a martes, y Noe y yo quedamos para ir a comprarle un regalito a Cloe al centro comercial. Marco y Gael se vinieron con nosotras, no tremendamente animados por aquello de ir de compras con dos chicas, pero sí con ganas de que después los cuatro tomáramos algo.

Entramos en Desigual y vimos unos vestidos preciosos; me daban ganas de comprármelos todos.

—¿Recuerdas que hemos venido a por algo para Cloe? —me dijo Noe.

—¡Ay, sí! Pero ¿tú estás viendo esta ropa? Si es que tendría que ser delito que fuera tan cara...; bueno, tan cara para una chica que no trabaja. Al final, voy a tener que buscarme un curro para pagarme mis caprichos.

—Pues eso; como hasta ahora no te lo puedes permitir, vamos a comprarle algo a Cloe, y deja de babear detrás de los vestidos, nena.

—Vaaaaaale.

Vimos una falda espectacular, y la verdad es que entraba dentro de nuestro presupuesto, así que, sin dudarlo más, la cogimos. Marco y Gael se alegraron de que fuéramos tan rápidas en elegir el regalo, así que nos fuimos a tomar algo antes de que algún que otro escararate nos abdujera.

—Bueno, y ¿ya está todo preparado para el gran día? —preguntó Marco.

—Sí, bueno, queda que Nai recoja la ropa de Cloe en su casa el jueves y poco más.

—Qué ganas de meterme en la piscina de chorros —dije, cerrando los ojos e imaginándome ahí dentro.

—Sí, ¿verdad? Yo me muero por un masajito —respondió mi amiga.

—¿No te vale con los míos? —bromeó Marco.

—Sí, amor, pero tienes que reconocer que unas manos profesionales ganan algunos puntos —replicó, y después le dio un beso.

Gael tenía la mano sobre mi hombro y se inclinó para decirme algo al oído.

—Me muero por meterme contigo en esa piscina —susurró.

Sentí un cosquilleo en la nuca y me removí con una sonrisa en los labios.

—Desnudos —apuntó.

Abrí los ojos como platos y me volví para mirarlo.

—¡Qué dices!

Soltó una carcajada.

—¿Qué os pasa? —preguntó Noe, curiosa.

—Nada, nada —respondí, ruborizada.

—Ya, nada. Pero ¡si estás roja como un tomate! Eh, Gael, deja de decirle guarradas al oído y resérvalas para la intimidad, que mira qué colorada se pone.

—¿Yo? —respondió, haciéndose el inocente.

—Sí, tú —dijo Noe, medio sonriendo.

—Bueno, dejemos el tema —dije—. Marco, ¿cómo está tu madre?

Alzó los hombros y se apoyó en el respaldo.

—Regular, la verdad. La quimio la está dejando hecha polvo y no sabemos muy bien cómo ayudarla. Se cierra en banda, se enfada y acaba pagándolo con nosotros.

—Vaya. ¿Le quedan muchas sesiones?

—Dos aún.

—Pues mucho ánimo. Estas cosas hay que tomarlas con paciencia, porque si no...

—Ya, menos mal que tengo a Noe para poder hablar, porque en casa de mis padres es casi un tema tabú.

—Aquí nos tienes cuando lo necesites —intervino Gael.

—Gracias, tío. —Y chocaron las manos.

No tardamos mucho en irnos a casa porque al día siguiente había que ir a la facultad y, entre semana, mis padres no me permitían llegar muy tarde. Tenía que portarme bien, no fuera a ser que me dejaran sin fin de semana en el *spa*.



El miércoles, mientras estaba en la facultad, recibí un mensaje de Gael que no dudé en leer mientras el profesor explicaba la teoría de no sé quién.

Hola, mi amor. Oye, mañana es el cumpleaños de mi madre (se me había olvidado por completo) y me ha llamado para decirme que si me paso a tomar café por la tarde. Me preguntaba si te apetecería venir conmigo, a mí me encantaría. Te quiero.

Según lo leía se me estaba revolviendo el estómago. ¿Cómo iba a ir a ver a sus padres después de lo que pasó en la fiesta? Estaba clarísimo que no les parecía la persona más adecuada (ni con el suficiente dinero) para estar con su hijo; entonces, ¿para qué ir y pasar un mal rato?

Teclé mi respuesta y se la envié.

No lo sé, Gael...

No tardó en responder.

Mira, hablamos si quieres esta tarde, ¿vale? Al menos dime que te lo pensarás.

Vale, cuando salga de la uni te llamo. Te quiero.

Y yo.

Y así fue como me tiré el resto de la clase pensando en qué hacer: si ir y darme de bruces con la realidad o dejarlo pasar y buscar un mejor momento para ir a tomar café con sus padres.

Según salimos del aula se lo conté a mis amigas, que tuvieron una reacción dispar.

—Yo no iría —dijo Noe, tajante.

—Pues yo sí —contestó Cloe, llevándole la contraria.

—Gracias, chicas, sois de gran ayuda —ironicé.

—¿Después de lo que te hizo el día de la fiesta de su aniversario de bodas? Yo no iba ni de coña, nena.

—Pero es que no podemos estar toda la vida pensando en lo que nos ha pasado antes —rechistó Cloe—. Seguro que para Gael es importante que vaya.

Yo las miraba como si fueran dos tenistas disputando un partido, con la cabeza de un lado a otro, mientras escuchaba sus discursos.

—Ya —respondió Noe—, pero ¡es que fue muy mala por hacerle eso a Nai!

—Sí, pero tendría que ir para darle en las narices y que viera que su hijo sigue con ella.

—A ver, chicas, me encanta saber vuestra opinión, pero es que, a medida que os escucho, pienso que las dos tenéis razón. Así que sigo hecha un lío.

—¿Tú qué piensas, nena?

—Pues que me encantaría acompañarle.

—Pero... —apuntó Cloe—, porque hay un pero, ¿verdad?

—Sí, que no quiero ser el hazmerreír de sus padres o quedar en ridículo.

—¡Ah, no! Si es por eso, mañana mismo te quiero ver en su casa, nena. ¡Y que sepa lo que vales!

—Ufff, no sé... Se me ha cerrado el estómago solo de imaginarme allí frente a ellos.

—Bueno, pues relájate y demuéstrole que sus artimañas no sirvieron para nada. Que Gael te prefirió a ti antes que a la otra.

—No sé, vamos a clase y me lo voy pensando. Gracias, mis niñas.

Me pasé el resto de las clases dándole vueltas al tema. Por un lado, Noe tenía razón en que, después de lo mal que me lo había hecho pasar el día de la fiesta de aniversario, no se merecía que fuera a felicitarla por su cumpleaños, pero, por otro lado, Cloe también estaba en lo cierto al decir que le daría en las narices si me viera de nuevo con su hijo.

Esperé a que acabáramos las clases para llamar a Gael, pero no me dio tiempo porque, al salir de la facultad, lo vi apoyado en su coche, esperándome. Sonreí ampliamente, como siempre hacía cuando lo tenía a mi lado, y me acerqué casi corriendo a abrazarle.

—¡Hola, mi amor! ¿Qué haces aquí?

—He venido a buscarte, ¿no te alegra?

—¿Tú qué crees? —sonreí, abrazándole.

—Creo que te ha hecho ilusión. —Me besó la nariz.

—Pues crees bien.

A los pocos segundos se unieron mis amigas.

—Hola, Gael —dijeron al unísono.

—¿Qué tal, chicas?

—Bien —respondió Cloe.

—Deseando que llegue el fin de semana —añadió Noe.

—Bueno, ya queda menos —respondió Gael.

Charlamos unos minutos y después nos despedimos de mis amigas, que se dirigieron hacia el metro.

—Bueno, y ¿qué haces aquí? —pregunté melosa, rodeándole el cuello.

—He venido a invitarte a comer.

—¿Sí? ¡Qué bien! ¿Y puedo saber dónde?

—¿Te apetece en mi casa? —Me besó.

—Uy..., a mí esto me suena a otra cosa.

—¿Sí? No sé por qué —respondió, sin dejar de acariciarme el cuello con los labios.

—Si sigues así, no sé qué va a pasar, así que para y vamos al coche.

—Bueno..., vale... —Y tras darme un beso en los labios, rodeó el vehículo para entrar.

Terminamos yendo a su casa y no hace falta explicar que, antes de pedir la comida, hicimos el amor; necesitábamos sentirnos con urgencia, así que ¿para qué esperar? Después nos dimos una ducha juntos (menos mal que había dejado algo de ropa interior en su casa y el cepillo de dientes) y luego, solo con unas braguitas y una camiseta suya, nos sentamos en el salón para llamar a un restaurante italiano y que nos trajeran la comida.



Comimos un montón; los dos habíamos elegido pasta y unos profiteroles de postre. Nada más terminar, Gael se fue a la cocina a preparar un par de cafés y nos acomodamos en el sofá para disfrutarlos.

—Bueno, y... ¿te has pensado lo de ir a casa de mis padres?

Le di un sorbo a la bebida y tardé un poco en dejarla sobre la mesa, para alargar el momento de responder.

—No sé, Gael, no sé qué hacer.

—Yo sé que no es fácil para ti, pero me gustaría presentarte oficialmente a mis padres como mi novia. Y que de una vez por todas sepan que quiero estar contigo.

—¿Tan mala piensan que soy?

—Qué va, Nai, lo que pasa es que para ellos lo más importante es el estatus social, el dinero y los contactos que tengas.

—Y, claro, yo no tengo nada de eso —respondí, algo decepcionada, bajando la mirada.

—Ey, cariño, ni se te ocurra pensar que por no cumplir sus objetivos eres menos que las que sí lo hacen.

—Es que es como buscar margaritas en el Sahara, es imposible que yo llegue a ser como a ellos les gustaría.

—Pero es que yo te quiero así, y es lo que importa. No son ellos los que van a convivir contigo.

—Lo sé, pero no quiero que esto estropee tu relación con ellos.

—Mira, Naira, si afecta es porque ellos no me valoran lo suficiente. Se supone que los padres quieren ver a sus hijos felices; pues yo contigo lo soy, así pues, que se vayan acostumbrando.

Me lo quedé mirando, pensativa, dándole vueltas a si ir o no, jugando nerviosa con las manos y respirando despacio para no perder el control, de la ansiedad que sentía en ese momento. Lo único que no quería era terminar fastidiando a Gael.

—¿En qué piensas? Dime, Nai.

Suspiré.

—Pienso en que no quiero perjudicarte —respondí contundente, mirándole.

Gael se acercó más a mí, me cogió las manos y, mientras me las acariciaba, me besó.

—Nai, la única manera de que me perjudicaras sería si no estuvieras conmigo. Así que deja de comerte la cabeza con cosas que no son reales, por favor. Déjate llevar, no quiero obligarte; lo único que pretendo es que me acompañes porque para mí es importante, pero tú tienes la última palabra. No me voy a enfadar si no vienes, de verdad.

Le di un abrazo que me reconfortó y después me quedé acurrucada en su pecho, tan a gusto que acabé durmiéndome sobre él.

De repente, un ruido me despertó, abrí los ojos y vi que estaba sola en el sillón, sin rastro de Gael a mi lado. Me incorporé despacio y le vi intentando colgar un cuadro tras de mí.

—¿Qué haces?

—Hola, mi niña —sonrió—, ¿te he despertado? Joder, es que se me ha caído el martillo.

—Sí, bueno, pero no pasa nada. ¿Qué hora es? —Me desperecé.

—Las seis y cuarto.

—¿Las seis? Joder, pero ¡cuánto he dormido!

—Un ratito. —Me guiñó un ojo.

—Haberme despertado.

—Es que estabas profundamente dormida. Además, roncabas y todo...

—¡Yo no ronco! —bufé.

—Un poquito, mi amor —vaciló.

—¡Qué dices! No ronco.

Soltó una carcajada y me levanté, dispuesta a vengarme por reírse de mí. Pero se me adelantó y, cogiéndome por la cintura, me alzó como un saco de patatas.

—¿Adónde ibas, eh?

—¡Bájame!

—No.

—¡Que me bajas! —me reí.

Me dio la vuelta y me vi de frente al cuadro que acababa de colgar; me quedé flipada.

—Pero... —dije mientras me bajaba—. ¿Y esto?

—Quería que fuera una sorpresa para cuando te despertaras, pero el martillo me ha jugado una mala pasada —respondió, abrazándome por detrás.

—Somos...

—Nosotros. ¿Te gusta?

Ante mí había una foto enorme de nosotros juntos, impresa en un gran lienzo sin marco. Era una de las que nos hicimos el día que celebramos nuestro primer mes e hicimos el amor también por primera vez. No podía dejar de mirar la imagen; estábamos sonriendo ampliamente, tumbados aún en la cama, y con un brillo en los ojos difícil de explicar pero fácil de entender.

—Observa nuestra mirada —parecía que me leía el pensamiento—; desprende magia, ¿no crees?

—Sí.

Estaba tan perpleja que no sabía qué hacer, si besarlo hasta desgastarlo o pedirle matrimonio en ese mismo momento, rodilla hincada incluida.

—Me alegra que te guste. Lo pedí con mucha ilusión, quería que sintieras que esto era nuestro, que este era nuestro lugar.

Me di la vuelta y, ya frente a él, lo besé.

—Te quiero, Gael, te quiero mucho. Tienes este tipo de detalles que hacen que cada día te quiera más. Me siento tan bien contigo que no sé ni cómo explicarlo.

—No hace falta que lo hagas porque me lo demuestras cada día. Y eso es lo importante.

Y nos fundimos en un beso de película frente a esa imagen que tantos recuerdos nos traía.



Tras descubrir ese detalle del cuadro, volvimos a dar rienda suelta a la pasión en su habitación. Efectivamente, nuestra mirada desprendía tanta magia que por un momento creí ver pequeñas estrellas envolviendo la imagen. Era como regresar de nuevo al inicio de nuestra relación; esa fotografía mostraba perfectamente lo bien que nos sentíamos tras hacer el amor por primera vez.

—Gracias —susurré, acomodada en su pecho en la cama.

—¿Por qué? —respondió en el mismo tono.

—Por el cuadro.

—No tienes que dárme las. Lo hice porque quería tenerte presente todo el rato en mi casa y en mi vida, y se me ocurrió que sería una buena idea.

—A mí me ha encantado. Por lo bien que salimos y por todo lo que transmite.

—¿Recuerdas? —sonrió—. Lo pasamos bien en el *spa*, ¿verdad?

—Sí, pero acabamos reventados.

—Pequeña, no acabamos reventados solo por el *spa*, no sé si te acuerdas —respondió en un tono canalla que hizo que me riera.

—Claro que me acuerdo. Y también recuerdo la movida que tuvimos.

—Ya..., y yo. Pero en la foto eso no se ve.

—No..., había pasado la tormenta.

Nos quedamos mirando al techo y de repente se me vino a la cabeza una cuestión *a priori* absurda.

—¿Y si me operara el pecho?

Gael se volvió de un respingo y me miró con los ojos como platos.

—¡Pero qué dices!

—Siempre he tenido bastante complejo...

—Tienes un pecho precioso, cariño, no tienes que hacer nada con él, es perfecto.

—Ya, pero los tíos siempre os quedáis mirando a las tías exuberantes y tetonas con escotazos.

Le entró la risa.

—No me puedo creer que estemos teniendo esta conversación. —Cerró los ojos y se masajeó la frente—. ¿En serio piensas eso? ¿Realmente crees que yo te preferiría con las tetas más grandes?

Alcé las cejas, pensativa.

—¡Venga ya! Espero que estés de coña.

No pude aguantarme la risa y solté una carcajada, mientras a Gael se le relajaba el gesto al ver que estaba bromeando.

—Joder, Nai, por un momento me lo había creído —resopló.

—Cariño, ¿tú crees que yo me metería en un quirófano porque a un chico le gustaran los pechos grandes? Creo que aún no me conoces bien —me reí—. A quien no le guste que no mire.

Nos abrazamos entre risas y me besó la punta de la nariz.

—No dejarás de sorprenderme, y eso me gusta —confesó.

Tras un silencio cómodo, mientras me hacía suaves cosquillas en el brazo y yo en su vientre, volvió a preguntarme:

—Nai..., ¿sabes ya si vas a venir a casa de mis padres? —dijo con incertidumbre y algo de temor.

Cogí aire y lo exhalé lentamente mientras pensaba en la respuesta, aunque después de hablar con él y con mis amigas lo tenía un poco más claro. Así que se lo hice saber.

—Voy a ir.

Gael se medio incorporó hasta quedar frente a mí.

—¿Sí?

—Sí.

—Pensé que dirías que no.

—Aún estoy a tiempo de cambiar de opinión.

—¡No, no! ¡Si me alegro muchísimo! Me hace mucha ilusión que vengas.

—Espero estar a la altura.

—Ey, Nai, ni se te ocurra siquiera pensar eso, no tienes que estar a la altura de nada ni de nadie. Eres perfecta.

Sonreí a medias, sin estar muy convencida de estar tomando la decisión correcta, pero sabía que contaba con el apoyo de Gael al cien por cien y eso me daba algo más de seguridad.

Por la noche, escribí a mis unicornias y les conté lo que al final había decidido, y ellas, cómo no, me animaron y me dieron fuerzas para enfrentarme a una madre como la de Gael, dura y con muchos prejuicios.

No era tarea fácil que su hijo fuera a presentarme oficialmente como su novia, pero no por él, sino por mí, porque me daba miedo que me hicieran el vacío o me rechazaran solo por no pertenecer a su clase social. Aunque, bueno, era solamente tomar un café, y si no me encontraba a gusto, se lo haría saber a Gael y me marcharía de allí. Una cosa era querer formar parte de su vida y otra, aguantar desprecios.

Por la mañana fui a la universidad, como todos los días, pero no paraba de pensar en lo que me depararía esa tarde. Gael me dijo que pasaría a buscarme sobre las seis y desde ahí iríamos en coche a casa de sus padres. Recordaba que vivían en una urbanización a las afueras de Madrid, en un pedazo de chalé donde, la primera vez que fui, todo me parecía grande.

Ese día libraba mi madre y cuando llegué a casa estaba terminando de hacer la comida, así que me senté con ella en la cocina.

—¿Qué tal las clases? —preguntó, mientras removía el cocido.

—Bien, la verdad es que me está gustando mucho la universidad. La gente es maja, los profes también y las asignaturas no son muy complicadas.

—No sabes cuánto me alegro, hija. Y tus amigas, ¿qué tal están?

—Genial, siguen en su línea. Ya las conoces.—Sonreí mientras picaba un trocito de pan.

—Imagino. Y Noe, ¿sigue con el chico ese que me dijiste?

—Sí, con Marco.

—Era un poco mayor que ella, ¿verdad?

—Sí, eso a Noe la agobió un poco al principio, pero la verdad es que hacen una pareja genial —respondí, cogiendo otro trozo de pan.

—¡Deja de picotear, que luego no vas a comer!

—Vaaaaaaleeeee.

—¿Su madre aún sale con su compañera de trabajo?

—Por lo visto, sí, y según nos cuenta Noe, están muy felices juntas. No es que le preguntemos todos los días, no queremos que lo pase mal.

—¿Cómo lo lleva ella?

—Parece que cada vez mejor. Va asimilando que es la vida que quiere llevar su madre, y aunque a veces tiene momentos de cabreo, más por lo que la gente le pueda decir o pensar, empieza a valorar más la felicidad de su madre que lo que opinen los demás.

—Eso es genial. Y Cloe, ya no está con el que vivía en su pueblo, ¿no?

—No, ahora se ve con un chico que es un encanto; se llama Hugo.

—Ah, es verdad, creo que me lo contaste. ¿Cómo está su familia?

¿Y todas estas preguntas? No sé por qué me daba que quería llegar a algún sitio y estaba dando muchos rodeos.

—Pues fíjate que sus padres se están dando una segunda oportunidad.

—¿Sí? ¡Qué bien!, ¿no?

—La verdad es que sí. Cloe está mucho mejor y más contenta, y creo que Hugo tiene mucho que ver, pero desde que la ingresaron por el desmayo sus padres se fueron uniendo cada vez más y ya viven de nuevo juntos, aunque Cloe les insiste en que vayan despacio.

—Bueno, eso está muy bien. No hay que correr, todo a su tiempo... ¿Y tú? ¿Qué tal con tu chico? —preguntó a bocajarro, sin darse la vuelta para mirarme.

Ahí estaba la cuestión a la que quería llegar mi madre, ya sabía yo que tanto interés tenía trampa...

—¿Mi chico? —Tragué saliva—. Si yo no...

—Naira, lo sabemos —esta vez sí se volvió y, apoyándose en la encimera, se cruzó de brazos—, no hace falta que disimules más. Lo que pasa es que estábamos esperando a que nos lo contaras tú, pero como no decías nada he aprovechado que estamos solas, porque tu padre ya sabes cómo lleva eso de que tengas novio.

Creo que me puse blanca como la pared. Vale que me imaginaba que lo sabían, pero de ahí a tener una conversación en torno a mi vida sentimental...

—¿Cómo se llama? —Se sentó frente a mí tras sacar dos latas de Coca-Cola y ofrecerme una.

Esto olía a conversación entre madre e hija en toda regla.

—Gael.

—Bonito nombre, ¿lo conozco?

—Eh, sí, os lo presenté la noche que estábamos cenando en el italiano los tres.

Mi madre se quedó pensativa hasta que reaccionó.

—Ah, ¡ya sé quién es! ¿Ese con el que estabas fuera hasta que salimos nosotros y después te fuiste a tomar algo?

—Sí. Ese al que mi padre hizo un escáner desde la ventana del salón.

El comentario hizo sonreír a mi madre mientras daba un trago al refresco.

—Pero es mayor que tú, ¿no?

Joder, qué memoria se gastaba mi madre. Nota mental: no subestimarla nunca, por muy mayor que fuera.

—Sí, pero poco, cuatro años o así.

Estaba tan nerviosa que no sabía ni la edad que tenía yo en ese momento. Y lo que peor me ponía era oír hablar a mi madre en un tono tan relajado y conciliador; me daba la sensación de que en cualquier momento saltaría la bestia, en plan: eres muy joven, ten cuidado... La típica calma tensa que al final explota.

—¿Y estudia?

—Sí, y trabaja; está haciendo Fisioterapia.

—¿También trabaja?

—Bueno, de vez en cuando ayuda al novio de Cloe en una empresa de eventos.

—Qué bien. ¿Vive por aquí?

—Mamá, esto parece un interrogatorio carcelario y no he cometido ningún crimen.

—¡Qué va a ser un interrogatorio! —Alzó las cejas—. Es que me gustaría que estuviéramos más cerca en estos temas. Que podamos hablar sin problemas y que si tienes alguna duda, me preguntes lo que quieras.

—Gracias, mamá.

—Sé que tienes a tus amigas y eso, pero que sepas que estoy aquí.

—Vale, mamá.

Iba a levantarme para ir a por mi móvil, pero su voz volvió a hacer que me volviera.

—Nai, ¿tienes claro el tema de... a ver...?

—Mamá, ¿quieres preguntarme algo? No hace falta que le des tantas vueltas.

—Ay, hija, es que es más difícil de lo que pensaba —resopló, tocándose la frente—. La otra vez que intenté hablar de esto contigo tú aún no habías...

—Se trababa ella sola.

—Tenido relaciones, ¿no?

—Eso. Y supongo que ahora...

—Mamá —dije, poniéndome frente a ella y cogiéndole las manos—, estate tranquila, todo va bien, ¿vale? Si necesito algo, no dudes que contaré contigo.

—De acuerdo, hija.

Y le di un beso en la mejilla antes de desaparecer por la puerta.



Después de comer, me eché la siesta en mi habitación y me puse el despertador a las cuatro y media para prepararme con calma antes de que llegara Gael a buscarme. Porque, además, era superpuntual.

Dudé muchísimo sobre qué ponerme; quería causar buena impresión, aunque sabía que sus padres ya tenían una idea preconcebida de mí, me pusiera lo que me pusiera. Terminé optando por unos vaqueros negros con botines del mismo color y un jersey rojo con cuello de pico; quería ir medio arreglada pero informal.

A las seis menos cuarto estaba lista. Estaba esperando en mi habitación, mirando las redes sociales en el móvil, cuando recibí un mensaje:

Estoy abajo, cariño.

Me levanté de un brinco y, tras dar un beso a mi madre, me puse el abrigo y salí directa al portal. Frente a él me esperaba Gael, apoyado en el coche.

Me recibió con una sonrisa y una orquídea envuelta en un plástico transparente y adornada con un pequeño lazo blanco.

—¿Y esto? —pregunté sorprendida, tras darle un pico.

—No siempre tiene que haber un motivo para regalar algo, ¿no?

—No, pero no sé por qué me da que en este caso sí lo hay.

—A ver... —dijo, cogiéndome la mano—, sé que para ti esto es difícil y quería tener un detalle contigo para agradecértelo.

Le acaricié la cara y lo besé suavemente. Me separé para mirarlo y repetí la acción.

—Gracias.

—De nada.

—Es una orquídea, ¿verdad?

—Sí.

—Es preciosa.

—¿Sabes lo que estaba leyendo en el móvil mientras te esperaba?

—Sorpréndeme.

—Que la orquídea es la flor más representativa de la sensualidad.

—¿Ah, sí? —me reí, mientras miraba la flor por todos sus ángulos—. No tenía ni idea.

—¿Y sabes qué más?

—A ver..., miedo me das.

—Que existen orquídeas con aroma de chocolate o vainilla cuyo olor estimula el deseo sexual.

—¡Joder, siempre pensando en lo mismo! —Le di en el hombro.

Se rio con ganas mientras me abrazaba.

—Venga, vámonos, que ya bastante me odian como para llegar tarde — bromeé con cierto punto de verdad.

—No digas eso —respondió, subiéndose al coche.

Le guiñé un ojo y comenzamos el trayecto, con cierto dolor de estómago por mi parte, hacia la que había sido su casa durante muchos años. Podía intentar que pareciera que no me afectaba tanto, más que nada para que Gael tampoco se sintiera muy mal, pero la realidad era que estaba temblando como un flan.

En unos veinte minutos o quizá algo más estábamos aparcando en la puerta de su casa y me dio un vuelco el corazón al recordar que, la última vez que había estado allí, salí literalmente corriendo mientras Gael me perseguía y reconocía que había alguien más en su vida.

Me quedé con la mirada perdida en esa entrada hasta que Gael me sacó de mi ensimismamiento.

—Nai, ¿estás bien?

—Sí, sí —respondí, después de recomponerme y sacar una sonrisa algo forzada.

—¿Quieres que salgamos del coche? —preguntó, posando su mano sobre la mía.

—Claro. Vamos.

Llamamos al telefonillo y, cuando nos abrieron, nos acercamos a la puerta principal, que estaba medio abierta, aunque nadie nos esperaba. Gael me llevaba de la mano y cuando cruzamos el umbral me la apretó para transmitirme tranquilidad. Nada más cerrar el portón de madera maciza oímos una voz procedente de la cocina.

—¡Estamos aquí!

Y por el tono chirriante tenía claro de quién provenía.

Llegamos hasta allí, me coloqué tras Gael y vimos a su madre de espaldas, preparando algo en la encimera, y a su padre sentado leyendo el periódico. Sentí como la tensión se me bajaba hasta los tobillos, incluso estaba algo mareada; menudo trago el estar aquí sabiendo que no era bienvenida.

—Hola, mamá —dijo Gael, acercándose a ella—. Muchas felicidades.

—Gracias, hijo. —Y le dio un abrazo, pero de esos que desde fuera ves que no son nada afectivos.

—¿Recuerdas a Naira?

—Claro. Hola, querida. —Y me dio dos besos que no llegaron a rozarme la piel, con una sonrisa forzada e incluso maligna.

—Feliz cumpleaños —dije con un hilo de voz.

—Gracias.

—¿Papá? —le reclamó Gael, para que se levantara y saludara.

—Hola, hijo. —Le dio la mano—. ¿Qué tal, Naira? —Me puso la mano en el hombro.

—Bien, gracias.

—Id al salón, que ahora vamos nosotros; poneos cómodos —nos invitó su madre con ese aire de suficiencia que tanto odiaba.

Y eso hicimos; fuimos hasta allí y nos sentamos en uno de los impolutos sillones que ocupaban la estancia.

—¿Cómo estás? —susurró Gael.

—Podría estar mejor, para qué te voy a engañar.

—Tranquila, cariño.

—Pero ¿tú has visto cómo me mira? Perdona que te lo diga, pero tiene un punto de soberbia que...

Por un momento olvidé que estaba hablando de su madre, pero es que los nervios del principio se estaban convirtiendo en mala leche. Esa mujer, porque su padre era como un poco más pasota, conseguía hacerme sentir muy chiquitita a su lado, me absorbía la autoestima con solo dos palabras y me daban ganas de decirle un par de cosas malsonantes con cada gesto de desprecio.

Apareció en el salón con una pequeña bandeja con tazas de porcelana y su marido detrás con dos jarritas a juego, en las que suponía que estarían el café y la leche, y un azucarero. Las colocó sobre la mesa baja y, tras sentarse

frente a nosotros, ordenó al padre de Gael que fuera de nuevo a la cocina a por las pastas. Y cuando digo ordenar es ordenar, nada de por favor ni gracias.

Se sentó delante de nosotros, se recolocó la falda de tubo *beige* que llevaba, cruzó las piernas con elegancia y se tocó el cabello como para domar esos pelos que se le salían del moño alto. Si es que tenía la misma pinta que la señorita Rottenmeier de Heidi, pero más joven, sin gafas y real como la vida misma.

Su marido apareció con las pastas y se situó junto a ella, se apoyó en el respaldo y, con una sonrisa, comenzó la conversación.



Mientras su madre servía los cafés, la tensión se podía cortar con un cuchillo; el padre era más espontáneo y menos rebuscado que ella, pero aun así era evidente que yo no era la novia que querían para su hijo.

—Bueno, y ¿en qué trabajas, querida? —disparó ella.

—No trabajo, estoy estudiando.

—Ah —respondió con desgana—, y ¿qué estudias?

—Magisterio.

—Uy, profesora, esa carrera no tiene mucho futuro, ¿no crees? Hay maestras a patadas y luego, hasta que apruebes la oposición, si es que la sacas, claro, te pones en más de treinta años y sin dar un palo al agua.

Y tuvo la poca vergüenza de decirlo sin dejar de sonreír, la muy guarra.

Gael fue a hablar, pero le puse la mano en la rodilla, frenándole.

—Bueno, eso es lo que usted piensa —ataqué, con su mismo irónico gesto—. ¿Qué mejor profesión que la enseñanza? La educación, en todos los sentidos, es primordial, ¿no cree? —Toma hachazo.

—Sí, sí, tienes razón, pero lo que está claro es que hoy en día el futuro está en la gestión y administración de empresas, es innegable.

¿Por qué coño hablaba con esa prepotencia? Estaba segura de que si se mordía la lengua se envenenaba.

—No lo creo, pero toda opinión es respetable.

—Mamá, ¿me acercas el azúcar? —intervino Gael para frenar un poco el cariz que estaba tomando la conversación.

Ella resopló y, con una amabilidad solo digna de una madre que sería capaz de tirarme por las escaleras y matarme con tal de que su hijo se quedara con ella toda la vida, retomó la conversación. Su padre estaba ahí como un mueble; solo observaba, pero no intervenía.

—Y ¿tienes hermanos?

—No, soy hija única, como Gael.

—¿A qué se dedican tus padres?

—Mamá, Naira no ha venido para que le hagas un interrogatorio.

—No pasa nada, Gael, estoy encantada de responder a sus preguntas — dije, sarcástica—. Pues mi padre trabaja en una fábrica de zapatos y mi madre limpia en un centro comercial.

No me pasó desapercibido su gesto de asco; le estaba poniendo en bandeja que me criticara por pertenecer a la «plebe».

—¿Algún problema? —pregunté.

—En absoluto, querida, cada uno tiene el trabajo al que puede aspirar.

Bueno, eso sí que ya había sido el colmo, pero ¿quién coño se creía esa mujer para tratarme así? Juro que la habría cogido de los pelos y se los habría arrancado uno a uno sin ningún cargo de conciencia. Pero ¿qué le pasaba? ¿Estaba amargada de la vida y lo estaba pagando conmigo? No me podía callar más o al final sería peor.

—Mire, señora —carraspeé—, yo no sé dónde se crio usted, pero me da la sensación de que no la educaron para tener buenos modales y respeto por los demás. —Me levanté—. Gael, lo siento, te espero fuera. Adiós y feliz cumpleaños.

«Y ojalá se ahogue con la tarta», pensé.

Salí del salón como una exhalación y oí que Gael decía algo.

—¿Pero tú de qué vas, mamá? ¿Quién te crees que eres para tratarla así?

—Hijo, yo...

—Eres una impertinente. Pensé que sería buena idea traerla para que la conocieráis mejor y os dierais cuenta de que es una mujer fabulosa, pero por lo visto me he equivocado. Me marchó.

Y apareció a mi lado en el momento en que abría la cancela.

—Nai, espera.

—Llévame a casa —respondí, sin detenerme.

—Espera, por favor.

Me cogió del brazo e hizo que me volviera para mirarle, pero lo que no se esperaba era que tuviera los ojos empañados.

—Ey, cariño... —susurró, sujetándome la cara—, no llores. Joder —resopló—, ¡si es que siempre hace lo mismo! —gruñó, enfadado.

—Mira, Gael, lo he intentado, de verdad, pero es que le ha faltado al respeto a mi familia y por ahí ya no paso.

—Tienes razón y te prometo que lo siento, de verdad. Voy a hablar con ella ahora mismo y a decirle que ¡o te pide perdón o no vuelve a verme más!

—No, Gael, no empeores las cosas. —Le sujeté—. Vámonos y ya en frío hablas con ella.

Se quedó cabizbajo unos segundos hasta que me miró de nuevo para responder:

—Está bien. —Puso los brazos en jarras y respiró hondo, mirando al cielo, para exhalar el aire con fuerza—. ¿Quieres que vayamos al estudio?

Negué con la cabeza.

—Preferiría irme a casa.

Chasqueó la lengua, irritado, mientras se tocaba la nariz.

—Si es que no tendría que haberte dicho que vinieras, joder.

—Gael, que ya está, no pasa nada —mentí—. Llévame a casa y mañana será otro día.

Intenté quitarle hierro al asunto, porque al fin y al cabo era su madre, y tampoco quería echar demasiada leña al fuego. ¿Que él tendría que hablar con su madre? Por supuesto, pero no era mi intención calentarle la cabeza (no por falta de ganas de que alguien pusiera en su sitio a esa mujer).

El camino hasta mi casa fue silencioso; apenas cruzamos palabra, pero él me tuvo cogida de la mano casi todo el trayecto. Necesitaba saber que lo tenía cerca, pero no quería justificarme más ni decirle todo lo que pensaba de esa señora, porque me saldrían unas barbaridades de las que luego me arrepentiría.

Aparcó en doble fila frente al portal y nos despedimos dentro del coche.

—¿Seguro que no quieres venirme a casa? —dijo con calma.

—Prefiero estar sola; no es por ti, de verdad, pero es que lo necesito.

—Quiero que sepas que me jode muchísimo que estemos así por culpa de mi madre.

—No te preocupes, estate tranquilo y ya mañana hablamos.

Me dio un beso suave en los labios y un abrazo, que recibí solícita. La jornada siguiente sería otro día y seguro que veríamos las cosas de otra manera... o no.



Ya era jueves y, al día siguiente, partiríamos de fin de semana para celebrar el dieciocho cumpleaños de nuestra unicornia Cloe; me moría de ganas de verle la cara cuando nos viera a todos allí. Por la tarde, me acercaría a su casa para que su madre me diera la mochila que había preparado con todo lo necesario.

En la universidad les conté todo lo que había pasado en casa de Gael y mis amigas le soltaron a su madre todo tipo de improperios, que preferiría no repetir, pero, oye, en cierta manera se lo merecía. Me trató fatal y con una prepotencia que jamás había visto en nadie.

Llamé a Gael en uno de los descansos entre clase y clase; él me había mandado un mensaje antes y le dije que le llamaría.

—Hola, pequeña, ¿cómo estás?, ¿qué tal va tu día?

—Hola, mi niño, bien. Aunque un poco aburrida, la verdad.

—Bueno, ya queda menos para irnos de fin de semana.

—Ufff, no sabes las ganas que tengo.

—Y yo... —Se hizo un silencio—. Oye, que... siento lo de ayer.

—No te preocupes, no fue culpa tuya.

—Ya, pero en gran parte me siento responsable.

—Lo que está claro es que no soy la persona que tus padres querrían para ti, pero tendré que acostumbrarme.

—No, no tienes que acostumbrarte, porque sí que lo eres. Para mí eres perfecta, la mejor persona con la que podría estar. Y soy yo quien va a estar contigo, no ella —respondió, empezando a alterarse.

—Gael, tranquilo, luego hablamos, ¿vale? Tengo que volver a clase.

—Sí, y yo.

—Venga, pues después nos vemos.

—Te quiero, pequeña.

—Y yo.

Y colgamos. Evidentemente, no es que me pasara por el forro lo que decía su madre y me sintiera fresca como una lechuga; estaba enfadada y dolida, y sobre todo sentía mucha impotencia, porque no era justo, pero no quería contaminarlo.

Por fin sonó el timbre que indicaba que la última clase del día había terminado y nos podíamos ir a casa. La mañana se me había hecho eterna, y mira que me gustaba la universidad, pero había pasado muy mala noche a causa de lo ocurrido el día anterior y me estaba pasando factura.

Cloe estaba intentando sacarnos información sobre su cumpleaños cuando, al bajar las escaleras del edificio que daban acceso a la calle, me pareció ver a lo lejos a alguien conocido. No me lo podía creer: era Malena, la madre de Gael.

Apenas me vio bajar, noté como me cacheaba visualmente sin ningún escrúpulo y se iba acercando despacio a nosotras.

—Chicas, esperadme en el metro, que ahora voy —dije, sin apartar la vista de ella.

—¿Pasa algo? —preguntó Cloe.

—Ahí está Malena, la madre de Gael.

—Hostia, no jodas —reaccionó Noe, buscándola con la mirada.

—¿Quieres que nos quedemos, nena?

—Tranquilas, no creo que la conversación vaya a ser muy larga.

—Como tú veas.

—Gracias, chicas.

Se marcharon, no sin antes dedicarle una mirada de pocos amigos cuando se cruzaron con ella. Me quedé quieta, esperándola con los brazos cruzados; no iba a dar ni un paso hacia ella.

Iba impoluta, con un traje de chaqueta color crema y una blusa oscura, por no hablar del pedazo de tacón con el que caminaba como si fuera sobre algodones. Una vez la tuve a un par de metros, tragué saliva e intenté coger fuerzas, a ver por dónde me iba a salir ahora esta señora.

Por un momento, llegué a pensar que vendría talón en mano para que me alejara de su hijo, como alguna vez había visto en las películas. No me pillaría por sorpresa.

Cogí aire y, con gesto serio, esperé a que llegara hasta mí y que fuera ella quien dijera la primera palabra.

—Buenas tardes, Naira —dijo, sin intentar siquiera darme dos besos.

—Malena, ¿qué hace aquí? ¿No tuvo suficiente con lo de ayer? —ataqué.

Al ver mi reacción, también se cruzó de brazos y sonrió con ironía.

—Vaya, veo que sigues enfadada, querida.

—Naira.

—¿Perdón?

—Que para usted soy Naira, no querida.

Resopló con suficiencia, ladeando la mirada.

—No era mi intención que ayer salieras así de mi casa.

—Ni la mía. ¿A qué ha venido? Tengo prisa.

—Vengo a pedirte perdón por mis salidas de tono anoche.

No respondí y me quedé esperando a que continuara con sus disculpas para poder deleitarme así un poco más con ese momento.

—A ver, Naira, te voy a ser sincera. Creo que es más que evidente que no me gustas para mi hijo, pero ayer por la noche, supongo que tras dejarte en tu casa, Gael se presentó en la mía hecho un basilisco para decirnos que si no te aceptábamos a ti, nos olvidáramos de él, y como comprenderás, querida, perdón, Naira, mi hijo es lo más importante para mí.

—Cualquiera lo diría —musité.

—¿Cómo?

—Nada, continúe.

—Pues eso, que vengo a pedirte perdón, y que aunque nunca lleguemos a llevarnos bien, aceptaré vuestra relación por Gael; no me gustaría perderlo.

—Usted no tiene que aceptar nada, eso es cosa nuestra.

—Querida, es una forma de hablar —respondió con desdén.

—Que no soy querida, me llamo Naira.

—Muy bien, entendido.

—¿Ha venido a algo más? —pregunté, muy borde.

—No.

—Pues entonces, hasta otra.

Y me marché de allí, dejándola plantada con sus zapatos de marca y su ropa de diseño. Apostaría a que no habría mucha gente que la hubiera dejado con la palabra en la boca, pero no iba a aguantar más tiempo escuchando sus falsas disculpas. No había que ser demasiado lista para saber que lo que acababa de hacer había sido un paripé de campeonato.

Nada más salir del metro, y después de haberles contado a mis amigas la conversación entre esa señora y yo, llamé a Gael. Me había sorprendido gratamente que, después de lo que pasó, se presentara en casa de sus padres y

se impusiera a ellos, ya no por mí, sino por él, porque bastante lo habían manipulado toda su vida.

—Hola, cariño, ¿ya has llegado a casa? —respondió tras el primer tono.

—No, acabamos de salir del metro.

—¿Qué tal han terminado las clases?

—Bien, sorprendentes, podría decir.

—¿Sorprendentes? ¿Y eso? —Intuí una sonrisa al otro lado.

—Nada más salir estaba tu madre esperándome.

—¡No jodas! Pero... y ¿qué te ha dicho?

—Ha venido a pedirme perdón.

—¿En serio?

—Me ha contado que ayer estuviste en su casa después de dejarme en la mía.

—Sí —dijo con voz queda.

—Gracias.

—Era lo menos que podía hacer.

—Sé que para ti no tiene que ser fácil, son tus padres.

—Ya..., pero, bueno..., cuéntame. Entonces, ¿todo bien?

—Ya conoces a tu madre; me ha pedido perdón a su manera, pero agradezco mucho el gesto. De verdad. No quieren perderte.

—Joder, qué mujer, no deja de sorprenderme... —Hizo una pausa—. Me presenté en su casa porque no podía dejar las cosas así, Nai. Se pasó de la raya.

—Yo te lo agradezco.

—¿Estás mejor, entonces?

—Un poco, sí.

—Me alegro. No me quedé bien cuando te dejé en casa.

—Supongo. He dormido fatal, me he pasado toda la noche dando vueltas.

—Imagino. ¿Ves? Si hubieras dormido conmigo... —vaciló.

—Pues probablemente tampoco habría descansado —me reí.

—Puede ser. Bueno, y ¿a qué hora quedamos esta tarde?

—Iré a casa de Cloe a por la mochila sobre las seis. Su madre me ha dicho que ha quedado con Hugo y él me lo ha confirmado, para que no nos pille de marrón.

—Vale, ¿te recojo a las cinco y media?

—Perfecto.

—Además, tengo una sorpresita.

—¿En serio? ¿Hoy en tu familia es el día de las sorpresas y me lo he perdido?

Escuché una carcajada a través del teléfono.

—No, pero mira, se podría hablar.

—¿Y qué es? —pregunté, ansiosa por saberlo.

—Ahhhh, no puedo decirte nada.

—¡Jo! ¡Una pista!

—No. Tendrás que esperar, pequeña.

—Que sepas que te voy a castigar mucho por tenerme en ascuas, ¿eh?

Volví a escucharle reír.

—Mmm... suena bien eso de que me castigues —susurró en tono morboso.

—¡No seas guarro! —me reí también.

—Nos vemos luego, pequeña. ¡Te quiero!

—Yo ya no tanto... —me quejé, fingiendo enfado.



A las cinco y media, Gael estaba como un clavo en el portal de mi casa; yo le esperaba ya abajo porque había ido primero a tirar la basura. Cuando me vio vino directo a mí, con cara de canalla y una sonrisa en los labios.

—¡Ni te acerques! —Puse la mano en alto para detenerlo, fingiendo un falso enfado—. Hasta que no me digas la sorpresa no te dejo que me toques.

Le entró la risa y continuó caminando, desafiándome con la mirada, hasta que evidentemente me rendí y dejé que me abrazara y me besara.

—Vale, soy débil, lo reconozco —dije.

—¡Es que si es una sorpresa no puedo decir nada! —respondió, haciéndome cosquillas.

—¡Para, para! —me carcajeé—. ¡Lo he entendido! ¡Ay, que me hago pis!

—Vale, paro, no quiero que tengamos un escape. ¿Nos vamos?

—Nos vamos —respondí, recomponiéndome el abrigo.

Fuimos directos a casa de Cloe, donde su madre, entre emocionada y agradecida, me dio la mochila que había preparado.

Cuando bajé, Gael me esperaba dentro del coche, y al verme, sonrió. Me subí, y con un gesto travieso le pregunté:

—¿Ya me das la sorpresa?

—Sí. Pero no aquí.

—Joder... —suspiré—, ¿y dónde está?

—Espera y verás.

—¡Pero si ya he esperado mucho! —me quejé.

—Un poquito más, quejica.

Llevábamos como diez minutos callejeando cuando Gael se metió en un pequeño garaje, del que tenía llave, y nos adentramos en un lugar oscuro, con un fluorescente en el techo que parpadeaba intermitentemente.

—¿Dónde estamos? —pregunté, mirando hacia todos lados.

—Espera un segundo y no tendré que decírtelo, lo verás.

Joder, la incertidumbre me estaba matando. ¿Qué coño hacíamos en ese pequeño garaje con una pinta tan insalubre? Aparqué con una maniobra y al salir sentí un escalofrío; la humedad del lugar me caló hasta los huesos.

—¿Tienes frío? —me preguntó, pasándome la mano por el hombro.

—No sé si es frío o que estoy acojonada por el lugar —ironicé.

Gael se rio.

—Tranquila. Ven conmigo.

Agarrada a su cintura, salimos de aquel cobertizo de nuevo a la calle, caminamos unos metros y de pronto se paró frente a un local. Leí el letrero que lo presidía y la boca se me abrió hasta tocar el suelo. ¿Un tatuaje?

—¡No! —dije, entre nerviosa y sorprendida.

—¿No te apetece?

—Estás loco —sonreí.

—Por ti, pequeña. —Y me besó.

—Pero esto es para ti, ¿no?

—Para los dos, pensaba...

—Ni de coña.

—Pasa y ahora me lo dices.

Nada más entrar, me encontré con un verdadero museo del tatuaje, con las paredes repletas de obras de arte tatuadas en cualquier parte del cuerpo. Al ver a Gael, un chico salió de detrás del mostrador y le dio un abrazo.

—¿Qué tal, tío? —dijo.

—Muy bien, ¿y tú?

—Pues ya ves, aquí, como siempre.

—Mira, ella es Naira, mi novia.

—Encantado, Naira —respondió, dándome dos besos.

Estaba tatuado hasta arriba, pero no tenía ese aspecto de tipo duro, calvo y entrado en carnes como los que salen en todas las películas. Él era delgado y tenía el pelo corto, con una cinta de colores que le cubría la frente.

Le correspondí los dos besos y, aún totalmente paralizada y atónita por lo que hacíamos allí, me acerqué a mirar más de cerca las fotos.

Gael se quedó hablando un poco con Kike, el dueño, pero en nada me acompañó y me abrazó por la espalda.

—¿Qué tal? ¿En qué piensas? —me dijo al oído.

—En que estás loco —respondí, sin dejar de mirar las láminas.

—Me encantaría que nos tatuáramos algo juntos.

Me di la vuelta para mirarlo mientras continuaba hablando.

—He visto un tatuaje que creo que te gustaría y que representa muy bien lo que tú y yo somos.

Arqueé una ceja y medio sonreí.

—¿Se puede saber cuánto tiempo llevas pensando en esto?

—¿Sinceramente?

—Sí.

—Desde las Navidades.

—¿Dos meses?

—Más o menos. Es que el mundo del tatuaje es superamplio, no te creas tú...

—Ya..., pero tú no tienes ninguno, ¿no?

—No. Pero Hugo sí. Y este es su tatuador de confianza.

—Es como tu supermercado de confianza, ¿no? Parece un eslogan publicitario.

Sonrió y me dio un beso en los labios.

—¿Te animas, entonces?

—¿Lo dudabas, pequeño?

—Eres la hostia, Nai. Nunca dejarás de sorprenderme.

Esta vez fui yo la que me acerqué a besarlo y después le dije que me enseñara en qué había pensado.

—Mira, ven. Kike, ¿tienes el dibujo por ahí?

—Claro.

Se acercó a un lado del mostrador y, tras abrir un cajón, sacó un folio protegido por una funda de plástico.

—Aquí lo tenéis.

Lo cogí con muchas ganas de saber en qué símbolo había pensado Gael para nosotros. Y cuando lo vi, no tuve la menor duda: había acertado al máximo.



Tenía delante una imagen perfecta para mí: un corazón con unas líneas que ondeaban y se entrelazaban en el lado izquierdo formando la palabra *free*. Tragué saliva y me di la vuelta para mirarlo con cierta perplejidad.

—¿Te gusta?

—Me encanta, cariño. La palabra *libre* es perfecta para nosotros.

—Tú ya eres libre de esos fantasmas que te han acechado durante un tiempo y, gracias a ti, yo también soy libre de la presión de mis padres en cuanto a estudios, trabajo... y mi vida personal.

—Somos libres —susurré.

—Cuando vi este tatuaje pensé que reflejaba perfectamente nuestra situación actual, y por eso quería que lo compartiéramos.

Lo miraba embelesada, con una sonrisa tonta que sabía que sería imposible quitarme en toda la vida. Sabía que estaba enamorada de él, pero no era consciente de hasta qué punto. Lo besé suavemente en los labios y con una mueca le pregunté:

—Bueno, ¿y dónde nos lo tatuamos?

—Uf, ahí sí que tengo dudas. —Se tocó la frente.

—Sabes que si mis padres me lo ven me desheredarán de por vida y me echarán de casa, ¿verdad?

Le entró la risa.

—Bueno, ya tienes llaves de mi casa. En la calle no te quedas.

—Qué gracioso. —Arrugué la nariz.

—Vale, vale —se recompuso—, yo había pensado hacérmelo aquí. —Y señaló un poquito más abajo de la cadera. Justo para que lo tapara la ropa interior.

—¿Ahí? Tan cerca de...

—De mi poll...

—¡Eh! ¡Shhh! ¡No hables tan alto! —Miré a mi alrededor, colorada como un tomate.

Soltó una carcajada que inundó el lugar.

—Vale, vale, tranquila, hablaré bien. —Y me dio un beso—. Había pensado que nos lo hiciéramos ahí para que nadie nos lo viera y tú no tuvieras problemas con tus padres, porque, como comprenderás, a los míos les da bastante igual lo que me haga. Como si aparezco mañana en su casa con el pelo al cero y una serpiente tatuada alrededor del cuello.

A mí también me hizo gracia su comentario, pero es que, en el fondo, algo de razón tenía; sus padres no es que mostraran demasiado interés en él, únicamente lo hacían en temas de trabajo o de parejas.

Pensé si la cadera, bueno, en realidad un poco más abajo, sería un buen sitio para tatuarme, y tras pensarlo unos segundos, accedí a su proposición.

—Está bien, me lo tatuaré cerca del... —Y señalé con vergüenza mis partes íntimas.

—Gracias, cariño. Además, ¿sabes qué? —dijo, acercándose a mi oído.

—Qué.

—Que cuando hagamos el amor, ambos tatuajes se rozarán con el vaivén, dando más calor si cabe a nuestra libertad marcada —susurró con una sonrisa canalla.

—¡Pero Gael! —le di en el hombro—, deja de decirme guarradas —gruñí en voz baja.

Volvió a reírse y a abrazarme, y acabó por contagiarme.

—Venga —continuó—, llama a tu amigo y hagámoslo antes de que me muera de miedo y salga corriendo de aquí.

Entramos en una sala que olía como a lejía, con un amplio sofá al que Kike, el tatuador, estaba acercando una mesa auxiliar con todo lo necesario para llevar a cabo esta bonita locura.

—¿Quién va a ser el primero? —dijo, mirándonos a los dos alternativamente.

—¿Qué prefieres? —me preguntó Gael.

—Venga, va, yo.

—Perfecto, pues siéntate aquí —dijo su amigo.

—Tranquila —me susurró Gael al oído tras darme un beso.

Se sentó a mi lado en un taburete y me cogió la mano. Kike tumbó el sillón con delicadeza hasta que quedé estirada como en una camilla.

—¿Dónde lo vas a querer exactamente? —preguntó el chico mientras se ponía unos guantes negros de látex.

Me desabroché el pantalón y me lo bajé un poco hasta dejar a la vista parte de mis braguitas. Las aparté un poco y me señalé el sitio exacto con cierta timidez.

—Aquí.

—Genial. Pues vamos allá. Estate tranquila, no pasa nada —sonrió—. Vas a notar muchos pinchacitos seguidos que van a ser perfectamente soportables, ya lo verás.

—Eso espero —suspiré con una sonrisa forzada.

—Relájate y en nada habré terminado.

Miré a Gael y pensé en qué momento había aceptado hacer esto. Pero en el fondo quería hacerlo, sentía la necesidad de que Gael y yo estuviéramos unidos para siempre, y esta era una buena forma de conseguirlo.

—Confía en mí —dijo sin voz, moviendo los labios.

Sonreí, y esta vez sin forzar nada. Confiaba plenamente en él.

La máquina con la que Kike me tatuaría empezó a sonar y me sobresalté; mi chico me apretó la mano y se la llevó a la boca para besarla suavemente. El primer contacto no fue agradable; los pinchacitos no es que dolieran, pero eran molestos, aunque llegó un momento en que tenía la zona como adormecida y lo aguanté perfectamente.

Gael miraba fascinado como su amigo dibujaba sobre mi piel y también me observaba a mí sin dejar de sonreír.

—Dos minutos y hemos acabado —dijo Kike.

—¿Ya? —pregunté.

—Sí, ¿te está pareciendo largo?

—No, todo lo contrario.

—Pues nada, si quieres seguimos y te hago un dragón en el vientre —bromeó.

Me reí ante su comentario; me sentía totalmente relajada y hasta podría decir que estaba disfrutando del momento. De lo que sí estaba segura era de que jamás olvidaría esa imagen de Gael a mi lado y esa sensación de libertad.



Como una hora y media después, salimos del local y nos dirigimos hacia aquel frío garaje cogidos de la mano.

—¿Estás bien? —me preguntó Gael.

—Sí..., aunque me siento un poco rara.

—¿Sí? Yo, la verdad, es que algo también.

—Estamos tatuados —dije, poniendo voz de hombre—, somos unos machotes.

—Ya podemos fumar un puro —respondió en el mismo tono.

Ambos nos reímos.

—¿Cómo estabas tan seguro de que me lo haría?

—No lo estaba.

—¿No?

—Qué va, de hecho pensé que no llegarías ni a entrar.

—¿En serio?

—Sí, pero no porque no te atrevieras a tatuarte, sino que como nunca habíamos hablado de esto, no tenía ni idea de lo que pensabas al respecto.

—Así que decidiste arriesgarte.

—Sí. Y ha salido perfecto.

Me abrazó y me besó, primero con delicadeza, después con efusividad, y empezó a devorarme en medio de la calle, frente a la puerta del garaje. Fueron unos minutos que me dejaron exhausta por la fogosidad del momento.

—Pasa la noche conmigo, Nai, por favor.

—Gael, sabes que no puedo.

—Por favor.

—Mis padres no me dejarían.

Ambos aún respirábamos con dificultad y mi corazón bombeaba con fuerza.

—Te deseo tanto, Nai... —dijo con voz ronca.

—Mañana y pasado dormiremos juntos. Sabes de sobra que a mí me encantaría pasar la noche contigo, pero mañana tenemos clase, y a eso mis padres le dan mucha importancia.

Suspiró como si se rindiera y chasqueó la lengua.

—Tienes razón, perdona, no quería que te sintieras presionada, pero es que cada día se me hace más difícil separarme de ti, pequeña.

—Para mí también lo es, cariño. Pero seamos pacientes y, en menos tiempo del que pensamos, estaremos juntos. Ya lo verás.

Entramos en el garaje y, pocos minutos después, me dejaba en el portal de mi casa. Nos despedimos con otro beso bastante parecido al anterior y salí del coche antes de que llegáramos a más.

—Mañana nos vemos —dije una vez fuera, antes de cerrar la puerta.

—Eso espero, o esto va a explotar —sonrió, señalando sus partes.

—¡Venga ya! —me reí también—. ¡Podrías ser un poco más romántico!

—Vale, tienes razón, perdona. Pero es que, joder, después de lo de antes y ahora..., no soy de piedra.

—¿Y yo sí? Perdona, bonito, pero porque a las mujeres no se nos nota físicamente, si no... entraría en mi casa de espaldas.

Se carcajeó echando la cabeza hacia atrás.

—Lo he pillado —respondió, alzando el pulgar.

Cerré la puerta del coche y me metí en el portal, no sin antes darme la vuelta y lanzarle un beso a lo Marilyn Monroe.

Entré en casa turbada, como si en la frente tuviera una luz de neón parpadeante que llevara escrito «papá, mamá, me he tatuado». Era como si ellos ya lo supieran y yo tuviera que disimular. ¡Qué sensación más extraña! De hecho, inconscientemente, me iba tocando la zona del tatuaje como si así fuera a esconderla más.

—¡Hola, mamá! —saludé en el salón—. ¿Y papá?

—Hola, hija, está haciendo la cena.

—Qué bien. Voy a ponerme el pijama.

No pasé ni por delante de ellos por si acaso mi vaquero me delataba, ya ves tú qué tontería, pero es que tenía una paranoia encima...; creía que lo podían ver con la ropa puesta, como si tuvieran una mirada infrarroja, de esa que atraviesa los objetos.

Me puse el pijama en el baño y eché el pestillo, no fueran a abrir la puerta y lo descubrieran. Kike nos había puesto una pomada y un *film* transparente encima para que nada lo rozara, y nos dijo que teníamos que

lavarlo asiduamente. Me escocía un poco y aún estaba algo irritado, pero suponía que sería normal; al fin y al cabo, eran punciones.

Me acosté relativamente temprano y me dormí con la mano posada sobre mi nueva marca, que me recordaba a Gael y que me acompañaría de por vida.



Faltaban unos quince minutos para llegar al hotel rural donde descansaríamos todo el fin de semana y celebraríamos el cumpleaños de nuestra amiga Cloe. ¡Por fin las tres unicornias seríamos mayores de edad!

Dudamos si ir en el coche de Gael o en el de Marco, pero al final optamos por el de Gael porque tenía el maletero más grande y así podríamos llevar con holgura los regalos y las cositas que habíamos comprado para la cumpleañera.

Los cuatro, Marco, Noe, Gael y yo, íbamos muy alegres y entusiasmados por lo que nos depararía el fin de semana. Además, es que me apetecía mucho estar a solas con Gael, y aunque últimamente pasábamos mucho tiempo juntos en su estudio, esta vez no era lo mismo, porque no tendría que poner excusas ni habría toque de queda para volver a casa. Así que todo era perfecto.

Estábamos cerca de Navacerrada, al lado de la Bola del Mundo, y la magia del paisaje era cada vez mayor. Al girar en una curva, ante nosotros apareció la hacienda donde nos íbamos a hospedar.

El alojamiento tenía paredes de piedra en la parte baja y balcones de madera en la superior, que le daban un toque rústico muy acogedor. Aparcamos justo frente a la puerta. Fuimos a hacer el *check in* antes de sacar las maletas para poder registrarnos tranquilamente. Después iríamos de nuevo al coche a por el equipaje y nos instalaríamos en nuestras habitaciones.

Una señora muy amable, vestida con uniforme oscuro, nos recibió con una amplia sonrisa y nos atendió con mucha naturalidad.

—Que disfruten de su estancia —dijo al tendernos las tarjetas de nuestras habitaciones.

Volvimos a por el equipaje y decidimos dejar los regalos en la habitación de Noe, porque siempre, no sabía por qué, mi habitación solía ser el centro neurálgico de todo y donde siempre acabábamos las tres. Aunque en esta ocasión seguramente sería diferente, porque veníamos todas con novio y no

creo que mis amigas prefirieran estar conmigo antes que pasar la noche con sus chicos.

Nosotros ocupamos la habitación veintiuno y mis amigas las contiguas; estábamos todos muy juntitos. Metimos la llave esa de plástico que había sustituido a las normales y Gael me cedió el paso.

—Adelante, pequeña —sonrió.

—Gracias.

La estancia era bastante amplia, decorada en tonos tierra y con un cabecero que fue lo primero que llamó mi atención. Estaba hecho como de papel, tipo papiro, con un montón de mariposas dibujadas en tonos crema de acuarela. ¡Era tan bonito...! Y encuadrándolo, unas pequeñas varillas de forja negra.

La cama también era grande, cubierta por una colcha blanca, y enfrente había un escritorio, donde descansaba una televisión plana.

—¿Has visto ese cabecero? —pregunté, tirándome a la cama de un salto hasta quedar frente a él.

—Nena, no te cabe en la maleta —bromeó mientras sacaba su ropa.

—No digas chorradas, ¡lo digo en serio! Es precioso...

—Lo es. Y original también.

—Cuando viva en mi propia casa, tendré un cabecero como este.

—¿Sí? ¿Y en esa casa también estaré yo? —preguntó, aproximándose a mí con gesto travieso.

—Claro, podrás venir cuando quieras —me burlé.

Alzó las cejas con una sonrisa y se abalanzó sobre mí, haciéndome cosquillas en la tripa.

—¿Cómo que cuando vaya a verte?

—Bueno, si no quieres no vengas —le respondí, sin parar de reírme.

—Eres mala.

—Para, para... —me carcajeé—, que no aguanto más.

—¿Seguro que quieres que pare? —siguió cosquilleándome.

—Sí, sí, por favor. —O correría el peligro de mearme encima.

—Vaaaaaale.

Se tumbó boca arriba y me puse a su lado, en la misma postura, mientras intentaba recomponerme después de ese ataque de risa.

—El lugar es bonito, ¿verdad? —comenté.

—Sí, pero ¿sabes por qué lo es?

—¿Por qué?

—Porque estás aquí conmigo.

Me incorporé y lo besé.

—Te quiero. Lo sabes, ¿verdad? —dije.

—Sí. Nunca lo he dudado. ¿Y tú sabes que me tienes perdidamente enamorado?

—Algo intuyo... —Arrugué la nariz.

Esta vez fue él quien se acercó a mí para besarme.

—¿Sabes de lo que me acordé el otro día? —dije, mirando al techo.

—Sorpréndeme.

—De que mis padres se fueron a vivir juntos cuando mi madre tenía mi edad.

—¿Sí? ¿Ves como no es tan descabellado que te mudes conmigo?

—A ver, mi madre estaba embarazada de dos meses y sus padres prácticamente la echaron de casa. Creo que hay algo de diferencia entre nuestra situación y la suya.

—Bueno, si hay que dejarte embarazada para que te vengas conmigo, nos ponemos ahora mismo —se rio.

—¡Sí, claro! En eso mismo estaba pensando. —Le di un toque en el hombro.

—No sabía que tus abuelos se habían portado así con tu madre.

—Por lo visto llevaron fatal que se quedara embarazada tan joven, fue como una especie de deshonra o algo así, de modo que mi padre se alquiló un estudio y...

—¿Un estudio? —me interrumpió—. Cariño, estamos llenos de señales por todas partes. Tu madre con dieciocho como tú, tu padre se alquiló un estudio...

—Y no te olvides del bebé —bromeé.

—Ya te digo que no tengo ningún inconveniente en ponerme a practicar ahora mismo —se burló.

—De momento vamos a dejarlo mejor así, que después del susto de Noe, no me gustaría verme en esa situación.

—¿Nunca?

—¿Cómo?

—¿No quieres tener hijos?

Reconozco que la pregunta me pilló por sorpresa.

—Eh, sí, claro, alguna vez en mi vida me gustaría ser madre.

—¿Conmigo? —dijo, sereno.

Joder, qué calores me estaban entrando.

—A ver, si seguimos juntos, claro que contigo. ¿Con quién si no?

Se me quedó mirando con profundidad, serio, como si estuviera leyéndome por dentro.

—¿Qué miras?

—A ti.

—Esa mirada me pone nerviosa.

—¿Por qué?

—No sé, lo hace.

—Es que estaba imaginándome por un momento cómo sería nuestra vida con descendencia.

—¿En serio? ¿Y cómo sería?

—Perfecta.

Me incorporé; esta conversación estaba empezando a tener tintes demasiado serios y había que cortarla sí o sí. Debió de notar mi agobio, porque cambió radicalmente de tema.

—Oye, ¿me enseñas el tatuaje para ver cómo lo tienes? —dijo.

—Claro, mira.

Volví a recostarme y empecé a bajarme un poco el pantalón, dejando a la vista mi ropa interior.

—Mmm... lencería negra de encaje. —Se le oscureció la mirada.

—Pero ¿tú no querías verme el tatuaje? —me quejé entre risas.

—Sí, sí, pero, joder, que tengo ojos en la cara y soy de carne y hueso.

—Jajaja. Vale, pues de momento se mira pero no se toca.

—No sé si voy a poder —respondió mientras acariciaba con un solo dedo la goma de mis braguitas.

—¡Quita! —me reí—. Y mira el tatuaje, que hemos quedado con estos ahora para esperar a Cloe y Hugo.

—Joder, es verdad. —Y retiró la mano para posarla en el dibujo marcado en mi piel—. Aún está un poco rojo, pero es normal.

—¿Sí? ¿Tú crees?

—Sí, tranquila. El mío está igual y hoy Kike me ha dicho que le mandara una foto para ver cómo lo tenía. Me ha dicho que lo veía bien y que siguiéramos con la crema.

—Entonces genial.

Me subí los pantalones antes de que Gael terminara quitándomelos y escribí a Noe para saber dónde estaban.

Estamos en el *pub* del hotel; está de puta madre, así que dejad de follar y bajad ya, guarros.

Me entró la risa y le enseñé el mensaje a Gael.

—Me tiene calado la tía.

—Ya te digo.

—Pues, venga, vámonos antes de que suba a por nosotros.



El bar del hotel estaba inspirado en un *pub* inglés; tenía una de las paredes forrada con una especie de tela escocesa y unos ventanales cuya cristalera imitaba a las vidrieras de las iglesias.

Noe y Marco estaban sentados al fondo, con un par de tercios sobre la mesa acompañados de unas aceitunas.

—Mira qué sonrientes vienen —vaciló Noe.

—Qué estarían haciendo —le siguió la broma su novio.

—Pues admirando el cabecero de la cama —respondí, resuelta.

Los tres me miraron medio sonriendo. Vale, no había sonado nada bien lo del cabecero, porque se podía interpretar perfectamente de otra manera, como, por ejemplo, que me estaba poniendo mirando a Cuenca.

—Bueno, quiero decir —tartamudeé— que hay uno de forja y mariposas precioso.

—Que sí... —se reía Noe.

—¿En serio! ¿En vuestra habitación no lo hay?

—Déjalo, pequeña, que lo estás arreglando. —Gael me besó en la sien.

—Joder, si es que no me explico.

Nos sentamos y pedimos otros dos tercios, que no tardaron nada en servirnos.

—¿Qué sabemos de Cloe y Hugo? —pregunté a Noe.

—Pues he escrito a Cloe porque me extrañaba que no dieran señales de vida, pero no me ha contestado.

—Espera, que llamo a Hugo —dijo Gael—. Si Cloe ve que soy yo, no creo que sospeche nada.

Y eso hizo, sacó su móvil del bolsillo y marcó el número de nuestro amigo. Hugo no tardó en cogerlo, porque Gael empezó a hablar enseguida.

—¿Qué pasa, tío? Vale..., de acuerdo..., pues ahora nos vemos. —Y colgó.

—¿Qué te ha dicho? —me interesé.

—Dice que están a unos veinte minutos de aquí, que al final se han retrasado porque Cloe se ha empeñado en pasar por el centro comercial a comprar no sé qué.

—Qué tía —se quejó Noe—, no tendría otro momento.

—Nena —dije—, te recuerdo que ella no sabe nada de que estamos aquí esperándola.

—Tienes razón. —Y me lanzó un beso.

—¿Queréis que demos una vuelta para ver la hacienda? —propuso Marco.

—Claro, nos terminamos la bebida y damos un paseo.

Y eso hicimos. Gael entrelazó su mano con la mía y nos dirigimos a la puerta para conocer el sitio donde pasaríamos el fin de semana.

Al salir del *pub* vimos que también había una tetería-cafetería llamada La Galería del Arte, y por lo que ponía en un cartel exterior, tenía una amplia variedad de tés aromáticos, infusiones y café italiano.

—¡Mmm..., qué bien huele este sitio! —dijo Marco.

—Desde luego, tenemos que venir a tomarnos algo —respondió Gael.

La recepcionista, que nos vio paseando por el *hall* y mirando de un lado a otro observando la decoración, decidió echarnos un cable.

—¿Queréis ir a ver la zona del *spa*? —propuso.

—¿Perdón? —dije.

—Que si os apetece ver el *spa* —repitió amablemente.

—¡Claro! —respondió Noe—. ¿Dónde está?

—Mirad, seguid por ese pasillo y al final lo tenéis todo indicado.

—Muchísimas gracias —dijimos a la vez.

Nos dirigimos hacia el lugar que nos indicó y, efectivamente, al final vimos una cristalera que daba directamente al *spa* y nos quedamos pegados a ella como ventosas. Una piscina humeante con chorros por todos lados, rodeada de tumbonas blancas con mesitas redondas a los lados, nos estaba llamando a gritos.

A través de otro gran ventanal se veía la sierra de Guadarrama, con las montañas cubiertas de un manto blanco en la cima. Qué ganas de meterme de cabeza en el agua y dejarme llevar, y más aún con la compañía que tenía ese fin de semana.

Según habíamos leído en la página web del hotel, el *spa* se podía utilizar las veinticuatro horas del día, y eso, sinceramente, daba muchas posibilidades.

En otros lugares donde habíamos mirado, el acceso a las piscinas estaba restringido hasta las once de la noche.

Gael me abrazó y acercó su boca a mi oído, provocando en mí una sonrisa.

—¿Recuerdas las ganas que tenía de que nos bañáramos desnudos ahí?

—Mmm. —Solo pude emitir ese sonido.

—Pues ahora tengo más todavía.

Joder, si es que Gael me ponía los dientes largos y me entraban unos calores cada vez que me susurraba con esa voz ronca... Cualquiera día me daría igual estar rodeados de gente, porque me lo empotraría en cualquier lugar.

En ese momento, su móvil vibró: un mensaje. Salvados por la campana. Lo abrió, lo leyó y nos lo comunicó.

—Es Hugo —aclaró—. Dice que en cinco minutos están aquí.

A estas alturas, Cloe ya tenía que saber que había gato encerrado, pero la idea era que Hugo le dijera que iban a celebrarlo solos, con lo cual ella no tenía por qué saber que iba a encontrarnos aquí.

—Pues vamos al *hall* y los esperamos, ¿no? —dijo Marco.

—Vale, pero antes acompáñame al baño, Nai, que me meo —intervino Noe.

—Qué explícita es mi niña —respondió Marco, dándole un beso.

Los tres nos reímos y Noe y yo nos dirigimos al aseo mientras ellos se acercaban a la entrada.



—Joder, qué pasada de sitio, ¿no? —dijo Noe.

—Ya te digo, me muero por meterme en esa piscina.

—Y magrearte con tu chico, ¿eh?

—¡Qué dices! —me reí.

—Anda, que se os ve a la legua que tenéis unas ganas de pillaros el uno al otro...

—Qué tonta...

—¡Pero si no pasa nada! ¡Pero oléis a sexo, que lo sepas!

Solté una carcajada; qué ocurrencias tenía la tía, aunque no iba tan desencaminada.

—Todavía me acuerdo cuando me decías que Gael no era tu tipo.

—¿Yo dije eso? —me reí.

—Ya te digo, me lo contaste en el hospital cuando me atropellaron y él estuvo contigo todo el tiempo.

—¡Ah, es verdad! Joder, cómo pasa el tiempo, lo siento tan lejano...

—Pues sí, y mírate ahora. Menos mal que no era tu tipo, que si no...

—Tienes razón, creo que como pitonisa no tengo ningún futuro.

Al salir del baño, recorrimos de vuelta el mismo pasillo por el que habíamos caminado hacia el *spa*. Se oía jaleo en la recepción y, al llegar allí, vimos a Marco y Gael sentados en los sillones del fondo, y a nuestra derecha, un montón de chicos jóvenes con ganas de fiesta.

Al volvernos a mirarlos, más que nada por el bullicio que estaban armando, ellos hicieron lo mismo, hasta que uno dijo:

—¡Mirad qué chicas más guapas!

—Síííí, hola, preciosas, ¿estáis solas? —Ese debía de ser el *original* del grupo.

—¿Os venís al *spa* con nosotros? —se carcajeaban.

Nos dio la risa y seguimos caminando. Era curioso como las despedidas de solteros desinhibían a la gente, aunque, claro, tampoco sabíamos el grado

de alcohol que llevaban en la sangre. Porque el *original* debía de dar positivo hasta en las pestañas.

Cuando nos dimos la vuelta, uno de ellos se nos acercó.

—Chicas —nos llamó.

—Dinos —respondió Noe, algo a la defensiva.

—Quiero pedir disculpas en nombre de los cazurros esos que tengo como amigos.

—No pasa nada —respondí—, no te preocupes.

—Gracias, es que siento vergüenza ajena.

—¿Eres el novio? —preguntó Noe, sin saber muy bien por qué le interesaba saberlo.

—¿Yo? No —alzó las manos—, es el de la camisa rosa —señaló.

—Y eres el único coherente en ese grupo de... —Noe se puso a contar— ¿ocho tíos?

—No creo, son buena gente, de verdad, pero el alcohol hace estragos.

—Es normal, a todos nos pasa de vez en cuando —intervine.

—Agradezco vuestra comprensión. Soy Jota. —Nos tendió la mano.

—¿Jota? —se extrañó mi amiga.

—Sí, de Jairo.

—Jamás había conocido a nadie con ese nombre —dije.

—Pues ya conoces a uno —sonrió—. Es un nombre hebreo.

—Yo soy Naira y ella es Noemí.

—Encantado. Bueno, no os entretengo más, que esos chicos del fondo empiezan a mirarme mal —bromeó.

—Hasta luego —nos despedimos las dos a la vez.

—Adiós.

Y volvió con su grupo, entre silbidos y golpecitos en la espalda, en plan, qué tío más machote, que se ha presentado a las chicas. En fin, prefería no dar mi opinión sobre eso, pero sí aclarar que me pareció una actitud propia de un neandertal.

Llegamos a los sillones, donde Gael y Marco nos recibieron con un

—Qué, ¿conociendo gente nueva? —dijo Marco.

Las dos sonreímos por inercia y yo, nada más sentarme junto a mi chico, le di un beso en la mejilla.

—¿Celoso, pequeño? —respondió Noe.

—¿Celoso yo? Qué va...

—Vale, vale.

—Con semejante grupo suelto por aquí, vamos a tener que ir de guardaespaldas este fin de semana —se pronunció Gael.

—Pero ¿vosotros qué os creéis? ¿Que no sabemos manejarnos solas? —me quejé entre risas.

—Sí, si de vosotras nos fiamos, de quien no lo hacemos es de ellos.

—Madre mía, qué antiguos sois —resopló Noe.

Oímos el claxon de un coche; era la señal pactada para saber que ya estaban allí los dos que faltaban. Corrí a asomarme con disimulo por la ventana, aparté ligeramente la cortina y, efectivamente, el coche de Hugo estaba en el aparcamiento.

Me apresuré a volver de nuevo al sillón y, para disimular, Noe y yo cogimos unas revistas del corazón que había sobre una mesa; a ver si Cloe se daba cuenta de que estábamos allí. ¡Qué ganas tenía de que nos viera y poder achucharla muy fuerte!

Hugo entró el primero, con una maleta en una mano y una bolsa en la otra, y nos buscó con la mirada. Cuando nos vio, nos guiñó un ojo y enseguida se dirigió a la recepción, que quedaba a mano derecha. Cloe entró tras él, con una mochila al hombro y distraída mirando el móvil, por lo que no se dio cuenta de que estábamos allí.

Empezaron a hacer el *check in* y decidí hacerle una llamada perdida. Vi que miraba el teléfono y volví a hacerlo. Cuando veía que lo iba a coger, colgaba; y Cloe empezó a decirle algo a Hugo, quien hacía como si la cosa no fuera con él.

Gael comenzó a carraspear para ver si así se daba la vuelta, pero nada. Cuando les dieron la llave de su cuarto y se dirigieron hacia los ascensores, ahí tenía que vernos por narices, ¡estábamos al lado! Dejamos las revistas de nuevo sobre la mesa y decidimos no escondernos, porque estaba visto que Cloe no estaba muy receptiva a nuestras señales.

Justo cuando iban a pasar por nuestro lado, Cloe miró hacia nuestro sillón y dijo:

—Buenas tardes.

El caso es que nos había visto, pero no se había percatado, hasta que tras decirnos eso volvió a mirarnos con los ojos como platos.

—¡¡¡Pero...!!!

Noe y yo nos levantamos del sofá como una exhalación y fuimos a darle un superabrazo.

—¡Pero seréis zorras! —nos dijo, sin soltarnos.

—Nosotros también te queremos, cariño —respondió Noe.

—Pero ¿que hacéis aquí? —preguntó al separarse.

—¿Tú qué crees? —dije—. ¿Pensabas que dejaríamos que celebrarais vosotros dos solos el cumpleaños? —Le guiñé un ojo—. Perdona, pero por antigüedad tenemos preferencia.

Gael y Marco se acercaron a saludarla y nosotros hicimos lo mismo con Hugo. De momento la cosa estaba saliendo bien, aunque tendríamos que hablar muy seriamente sobre llevar a Cloe al oculista y ponerle gafas de culo de botella, porque ¡estaba cegarruta!



Después de que los últimos en llegar se instalaran, bajamos a cenar al restaurante y allí estaban de nuevo los chicos de la despedida de soltero, riéndose a carcajadas y ataviados con camisetas iguales y blancas, salvo la del novio, que era de color negro.

—Anda, ¿y esto? —preguntó Hugo.

—No preguntes —respondió Gael.

Nosotras nos echamos a reír ante su respuesta y le contamos a Cloe lo que había pasado justo antes de que llegaran.

—Así que tendremos un fin de semana animadito —dijo Cloe.

—En unas horas es tu cumple, pequeña, así que ten por seguro que será un fin de semana especial —exclamé.

—Jamás me hubiera imaginado que acabaríamos aquí celebrando mi dieciocho cumpleaños. Lo teníais todo planeado, pedorras.

—Bueno, Hugo también ha tenido algo que ver —dijo Noe.

—Algo no, mucho... —intervine—, para bien.

—Pero ahora no vamos a entrar en detalles, así que vamos a cenar, que a las doce tenemos que estar en la habitación —dijo Hugo.

Cloe se atragantó con el agua que estaba bebiendo.

—Bueno, Hugo..., tampoco hay tanta prisa —señaló, vergonzosa.

Hugo nos miró extrañado —estaba claro que había habido un malentendido—, hasta que abrió los ojos como platos.

—¡No! ¡No quería decir solos! Me refería a los seis, para cantarte el cumpleaños feliz y tomarnos una copita de champán.

—Ah..., joder, si es que no lo he pillado. Qué corte, coño. —Se tapó la cara con la servilleta.

Los demás nos empezamos a reír; había que reconocer que la situación había sido cómica.

—No te preocupes, Cloe, a todos nos pasa —respondió Gael.

En ese instante mi móvil empezó a sonar: mi madre.

—Joder, se me olvidó llamarla para decirle que había llegado bien. Perdonadme.

Y me levanté para hablar fuera, así no interrumpía la conversación en la mesa. Efectivamente, mi madre me llamaba algo mosqueada porque siempre se me olvidaba avisar cuando llegaba a los sitios, y ya me veía tirada en una cuneta y con el coche destrozado. Sí, suena exagerado, pero las madres son así; siempre se ponen en lo peor.

Tras colgar volví al salón, y justo en la entrada me crucé con Jota, el chico de antes.

—Buenas noches —me dijo.

—Buenas noches. ¿Cómo va la despedida?

—Bien, bien, gracias. No sé cómo acabaremos, pero hemos empezado bien.

—Me alegro. Nosotros también vamos a cenar. —Hice una pausa—. Hasta luego.

Cuando me marchaba volvió a hablarme.

—Naira, eres Naira, ¿verdad?

—Sí.

—Que gracias por la comprensión de antes.

—Nada, no ha sido nada.

—La verdad es que siempre es agradable encontrar gente como vosotras.

—Gracias por la parte que me toca. Por cierto, bonitas camisetas.

Y me marché de nuevo a la mesa con mis amigos, aunque Noe podía haberse metido la lengua en el culo.

—Nai..., ¿otra vez hablando con Jota?

—¿Jota? ¿Sabéis hasta su nombre? —preguntó Marco.

—Me lo encontré en la puerta —dije mientras me ponía la servilleta sobre los muslos.

—Ya lo hemos visto —respondió Gael.

—Anda, dejadme en paz, mira que sois pesados.

—Es guapete —dijo de repente Cloe.

—¿Guapete? ¿Quién es guapete? —preguntó Hugo.

—El chico con el que hablaba Naira.

Hugo se dio la vuelta para mirarlo y de repente exclamó:

—¡Coño! ¡Pero si es Jairo!

—¿Lo conoces? —pregunté, extrañada.

—Ya te digo, hicimos un curso de *marketing* juntos.

—Si es que el mundo es un pañuelo —dijo Marcos.

—Voy a saludarlo. Ahora vuelvo.

Mi amigo se acercó hasta la mesa que mayor testosterona tenía en esa sala y le dio un toquecito en la espalda.

—¿Jairo?

El aludido se dio la vuelta y lo miró.

—¡Anda, Hugo! ¡Pero, tío, qué alegría verte! ¿Qué haces aquí?

—He venido a celebrar el cumpleaños de mi novia con unos amigos. —Y nos señaló.

—¿Esos son tus amigos?

—Sí.

—Dime que tu novia no es la de rojo.

—No, es una amiga, mi novia es la de negro. ¿Por?

—No, porque mis colegas han alabado, por decirlo de alguna manera, las virtudes físicas de tus amigas. Sobre todo las de la de rojo.

—Uy, pues que tengan cuidadito, que el del jersey gris es su novio —se rio.

—Lo suponía, pero, claro, es que tenemos ojos en la cara y es muy guapa.

—Y no te imaginas lo buena tía que es.

—Lo tiene todo, entonces.

—Sí, novio también —se carcajeó Hugo.

—Pillado, tío.

—Bueno, me vuelvo a la mesa. Me alegro de verte. ¿Pasáis aquí el finde?

—Sí, así que lo mismo coincidimos en la piscina entre chorro y chorro —bromeó.

—Pues un placer, tío. —Y chocaron las manos—. Nos vemos.

—Igualmente.

Hugo regresó de nuevo con nosotros, y nada más sentarse, se dirigió a mí.

—Vaya, Nai, parece que vas rompiendo corazones por esa mesa —bromeó.

—¡Venga ya! —me reí.

—Dile a tu amigo que ella rompe corazones y yo rompo otras cosas.

—¡Hala! Espera, que salió el macho alfa —respondí entre risas.

—Bueno, yo solo lo digo —continuó Gael, dándome un beso.

No sé por qué me daba que esa broma tenía más parte de verdad que de mentira.

Eran las once y media cuando nos dirigimos hacia la habitación de Cloe. Previamente, habíamos avisado al hotel para que nos llevaran dos botellas de champán y nosotros habíamos traído unas galletas.

Al salir del comedor, Jota se volvió a mirarme y noté como Gael me agarraba de la cintura.

—Hasta luego —dije.

—Hasta mañana —respondió Jota.



Cuando entramos en la habitación de Cloe, nos encontramos con varios detallitos, obsequio del hotel a nuestra amiga por el día de su cumpleaños: una bandeja de fruta fresca, una caja de bombones y una rosa con un cartelito escrito a mano que rezaba: «Feliz dieciocho cumpleaños».

En otra mesa auxiliar, junto a la cama, un par de botellas de champán que nosotros habíamos encargado y seis copas.

Habíamos colocado unos cuantos globos de helio con forma de unicornio, pegados al techo, además de una guirnalda morada de pared a pared donde ponía «Felicidades» y unos unicornios de cartón a ambos lados.

Antes de ir a su habitación pasamos a recoger algo que habíamos preparado única y exclusivamente para su celebración, y era un tutú con tiras de tul rosas, moradas, azules y blancas que se tendría que poner Cloe. Sabíamos que le daría mucha vergüenza, pero, oye, no todos los días se cumplía la mayoría de edad, ¿no?

Lo llevábamos envuelto en papel de regalo y dentro de una bolsa, que escondía a mis espaldas.

—Pero ¿y todo esto? —preguntó emocionada.

—¡Cumpleaños feliz..., cumpleaños feliz... —cantamos todos al unísono —, te deseamos todos, cumpleaños feliz!

Mientras lo entonábamos, Marco apagó la luz y Noe apareció con una bandeja que contenía seis pasteles en forma de unicornio con un par de velas con la edad que cumplía. Antes de soplarlas, Cloe cerró los ojos, imaginé que para pedir un deseo, y unos segundos después los abrió, fijó la mirada en las llamas y sopló con fuerza hasta apagarlas.

Todos aplaudimos y de nuevo encendimos la luz. La cara de nuestra amiga era un poema, tenía hasta los ojos llorosos; estaba claro que no se esperaba esto ni por asomo.

La abrazamos y le tendí uno de nuestros regalos.

—¿Qué es? —preguntó emocionada.

—Ábrelo y verás.

Con muchos nervios y emoción rasgó el papel hasta que vio asomar el tul de colores. Entonces nos miró de reojo y nosotras nos echamos a reír. Lo sacó del todo y lo extendió; muerta de la risa, se lo colocó a la altura de la cintura e hizo una pose.

—¿Qué tal me queda?

—¡Genial! —Aplaudimos.

—Pues que sepáis que no me lo voy a poner.

—Jo que no —respondió Noe.

—Seguro que estás preciosa —apuntó Hugo.

Empezamos a jalearse en conjunto «que se lo ponga, que se lo ponga» y no le quedó más remedio que hacerlo, seguramente para que la dejáramos en paz. Podíamos llegar a ser muy persistentes.

Se lo metió por los pies y se lo subió hasta la cintura, por encima de los vaqueros. Después nos miró y nos sacó la lengua.

—¿Contentos? —sonrió.

—¡Guapa! —grité.

—¡Tía buena! —me acompañó Noe.

—Oye, que está su novio delante —bromeó Hugo, atrayéndola hacia él y besándola en los labios—. Que sepas que, te pongas lo que te pongas, estás perfecta.

—¿Abrimos el champán? —propuso Gael.

—¡Sí! —respondimos Noe y yo a la vez.

Madre mía, pasábamos demasiado tiempo juntas. Mi novio fue el encargado de abrir la primera botella y servirla en las copas que cada uno sujetábamos. Joder, me parecía sexi hasta sirviendo la bebida. Iba a tener razón Noe al decir que se nos veían las ganas a kilómetros.

Me coloque tras él y lo abracé mientras apoyaba la cabeza en su hombro. Le di un beso en el cuello, que recibió con un escalofrío. Giró la cabeza para mirarme y repitió el gesto, pero en mis labios.

Los seis brindamos por Cloe y se hizo el silencio cuando todos nos bebimos de un trago la copa.

—Joder, teníamos sed —dijo Marco, y a todos nos entró la risa.

Unos nos sentamos en la cama, otros en el suelo sobre la alfombra y, en cuestión de minutos, ya había caído la primera botella. Hugo hizo los honores con la segunda y, antes de brindar, Cloe nos interrumpió.

—Esperad, esta vez quiero ser yo la que haga el brindis.

Noe y yo nos miramos extrañadas porque nuestra amiga no era precisamente de dar muchos discursos, pero el día lo merecía, y cuando Cloe hablaba no daba puntada sin hilo.

Todos sujetamos la copa, esperando que comenzara a hablar, y lo hizo.

—Bueno, lo primero de todo daros las gracias por todo esto; os prometo que ni en mis mejores sueños me habría imaginado semejante sorpresa. —Cogió aire y continuó—: Noe, mi unicornia sin filtro, gracias, gracias de corazón por cuidarme, por entenderme y por esta pulsera de unicornio que llevaré hasta que me muera y que supuso un antes y un después en nuestra relación. Desde ese día fuimos oficialmente unicornias. Nai, qué quieres que te diga que ya no sepas; eres mi unicornia reflexiva, dándole vueltas a todo, pero siempre aceptando nuestros consejos, que después de lo que tuviste que pasar quisiste protegernos para que no lo pasáramos mal, cuando sufriste un verdadero infierno. No tendré vida suficiente para agradecerte que pusieras a Hugo en mi camino y que me animaras a escuchar a mi corazón; gracias por darme ese empujón que tanto necesitaba. —Volvió a coger aire y lo exhaló tranquilamente mientras todos la mirábamos con el corazón en un puño y alguna que otra lágrima—. Marco, te toca; gracias por acompañar a Noe como lo estás haciendo. Con lo que ocurrió demostraste ser un tío de los pies a la cabeza. Gael, gracias en mayúsculas por todo lo que aportas a Nai día a día, has sido su tabla de salvación y eso, para mí, como su amiga, es como salvarme a mí. Gracias por hacerla feliz. —Se volvió para mirar a su novio—. Hugo, cariño, te amo, y lo digo por primera vez delante de la gente porque quiero que sepan que tú me diste las alas para poder volar, me has hecho creer y confiar algo más en mí, aunque aún quede un gran camino por recorrer. Gracias por todo. Y para terminar, que al final se calienta el champán, quiero daros las gracias por estar todos conmigo el día que me desmayé en el cumple de Noe; significó mucho para mí, de verdad. Así que, brindo por vosotros. —Y alzó la copa.

Todos brindamos y, tras dar el trago, fuimos directos a ella para abrazarla. Primero los chicos nos cedieron la preferencia para ir y llorar de alegría las tres juntas; Marco y Gael fueron después, de uno en uno, y el último, Hugo, que se dejó el alma en ese abrazo.



—Bueno, después de tanto amor, tocan los regalitos —se animó Noe, levantándose a cogerlos.

—Ah, pero ¿no era el tul? —bromeó Cloe.

Noe le tendió primero uno y yo esperé para darle el segundo. Cloe lo cogió y lo abrió nerviosa... hasta que se encontró con la falda de Desigual que le habíamos comprado hacía unos días.

—¡Es preciosa! —dijo, alzándola para verla mejor desde todas las perspectivas.

—¿A que sí? —respondí—. Yo me habría llevado media tienda.

—Doy fe —apuntó Noe.

Ambas nos reímos y después le di una bolsa en la que ponía Intimissimi; no había que ser muy listo para saber, más o menos, lo que contenía el regalo.

—Uh, qué miedo me da abrir este...

—No entendemos por qué —me guiñó un ojo Noe.

—Prepárate, Hugo, que creo que este también lo vas a disfrutar tú —dijo Gael.

Todos nos reímos ante su ocurrencia y Cloe se puso colorada cuando Hugo se acercó a ella, le besó la frente y se sentó a su lado. Este regalo lo abrió más despacio; yo pensé que era porque le daba tanta vergüenza que cualquier excusa sería buena para tardar más tiempo en desenvolverlo. Pero todo llega en esta vida y, al quitar el papel, se encontró con un picardías negro y transparente, con escote de pico pronunciado por delante y prácticamente abierto por detrás, con una especie de puntilla del mismo color. Lo acompañaba una braguita tipo *culotte* también con transparencias.

Hugo, que estaba dando un trago a la copa, casi se atraganta.

—Joder —se le oyó decir antes de empezar a toser.

Gael le tuvo que dar unos golpecitos en la espalda para que reaccionara y a los demás nos entró la risa.

—¿Qué te parece? —preguntó Noe—. Hugo nos lo ha dejado claro.

—Me encanta, es precioso y muy... transparente.

—Esa era la idea —dije.

—No sé por qué me da que a Hugo le va a durar poco —intervino Marco.

—Ey, Hugo —dije—, no lo rompas, ¿eh? ¡Que queremos que le dure!

—Pero ¿por quién me tomáis? —se rio—. Que soy muy delicado.

—¿Hola? —dijo Cloe—. ¡Que estoy aquí! Estáis hablando como si yo no estuviera. Y ya os digo que hablar de cómo nos lo montamos nosotros no es un tema con el que me sienta cómoda.

Ya había salido la vena de Cloe de poner los puntos sobre las íes.

—Muy bien dicho, cariño —bromeó Hugo, atrayéndola hacia él.

Nos quedamos charlando un poco más, pero a mí ya se me abría la boca y pensé que era el momento de que Cloe y Hugo celebraran el cumpleaños de manera más íntima. Así que nos despedimos entre bromas relacionadas con el picardías y cada uno se marchó a su habitación.

Metí la tarjeta en el hueco y la luz verde indicó que podíamos entrar en el cuarto. Estaba tan agotada que me tiré directa a la cama boca abajo, resoplando.

—Qué cansada estoy.

—¿Sí? —respondió Gael mientras se sacaba el jersey por el cuello y se quedaba en camiseta.

Me quité los zapatos con la ayuda de los pies, casi sin inmutarme, y seguí a mi chico con la mirada mientras dejaba su ropa cuidadosamente doblada sobre la silla. Qué bueno estaba, joder, tenía que ser pecado hasta mirarlo.

—Tendrías que ponerte el pijama y meterte en la cama —me aconsejó.

—Ya, pero supondría moverme, y ya te digo yo que no tengo fuerzas para nada.

Se acercó sigiloso por detrás y se tumbó sobre mi espalda, apoyándose en los antebrazos.

—¿Para nada? —musitó en mi oído.

Sonreí; no podía ponerse sobre mí y susurrarme de esa manera, porque estaba claro que ya me tenía para lo que quisiera.

—Bueno, a lo mejor para algo sí que tengo... —respondí.

Esta vez fue él quien hizo una mueca y, con total maestría, me dio la vuelta.

—Eres preciosa, lo sabes, ¿verdad?

—No lo sé, pero me gusta escuchártelo.

—Preciosa, preciosa, preciosa...

—Vale, vale, que al final me lo creo.

Me acarició la cara y me besó con delicadeza, deleitándose con cada movimiento de nuestras lenguas. Cerré los ojos y me dejé llevar ante tanta sensualidad.

Tiró de mi jersey hasta quitármelo, hizo lo mismo con la camiseta que llevaba debajo y con la de tirantes que cubría mi sujetador.

—Joder, cuántas capas llevas, cariño.

No pude evitar la carcajada.

—Sabes que soy muy friolera.

—Verás qué rápido te caliento yo...

Y así fue, nos calentamos mutuamente hasta que terminamos desnudos bajo el edredón e hicimos el amor con calma y con una magia que se podía hasta paladear.



Por la mañana quedamos en levantarnos todos a las diez para bajar a desayunar y disfrutar del *spa*. Los primeros en llegar fuimos nosotros; yo había abierto los ojos pronto y me encargué de despertar a Gael de la misma manera en la que me había acostado el día anterior, con mucho amor. Así que estábamos preparados a las nueve y media, pero esperamos hasta menos diez para bajar. Poco después aparecieron Hugo y Cloe, y quince minutos más tarde, Noe y Marco, quienes por lo visto habían tenido una noche movidita, pero en el buen sentido de la palabra.

Desayunamos de bufé en el hotel y comimos un montón; debe de ser que, como ves tanta comida *gratis*, quieres probarla toda y al final terminas casi con una indigestión.

Volvimos a cantarle el cumpleaños feliz a Cloe, esta vez con un palillo sobre un donut; cualquier celebración era buena para nuestra unicornia. Vacilamos un montón sobre el picardías que le habíamos regalado el día anterior, y mientras Hugo y Cloe se morían de la vergüenza, nosotros seguíamos con nuestra guasa.

Después, en las habitaciones, nos pusimos el bañador y el albornoz que te prestaban y quedamos en el *spa* directamente. No había nadie en la piscina y lo agradecemos un montón, porque pensar en toda la despedida de soltero aquí metida no es que fuera lo que más me apeteciera en ese momento.

Fui la primera en meterme en el agua; estaba calentita y la recibí con un escalofrío agradable. Nada más verme dentro, Gael puso cara de pillo, se tiró de cabeza y vino buceando hasta mí, que lo esperaba con una sonrisa mientras movía nerviosa las piernas para que no me las cogiera.

Emergió justo delante y, con una media sonrisa y sin pensármelo dos veces, lo besé, me abracé a su cuello y enrosqué las piernas en su cintura. Me apretó con fuerza y aún lo devoré con más ganas.

—Iros a la habitación —se burló Hugo—. Indecentes.

Nos reímos sin dejar de besarnos y vi que Gael le hacía una peineta, provocando una carcajada en Hugo.

Todos terminamos dentro del agua, y fue una sensación tan relajante que nos quedamos arrugados como pasas antes de salir. Llegó un par de matrimonios y, tras compartir espacio con ellos, nos salimos a sentarnos en las tumbonas situadas junto a la cristalera que daba al espectacular paisaje de la sierra.

Un camarero nos obsequió con zumos de naranja mientras nos relajábamos (más todavía) después del baño.

—Esto es vida —dijo Cloe.

—Podría acostumbrarme a vivir aquí —continué.

—Muchas gracias, chicos y chicas. Está siendo un cumpleaños perfecto. De verdad.

—Nosotros también lo estamos disfrutando —respondió Noe.

Comimos allí y después nos fuimos a hacer una pequeña ruta por la zona. Nos abrigamos bien y nos pateamos parte del escenario de ese fin de semana mágico.

Por la tarde, le regalamos a Cloe un masaje relajante, y así de paso teníamos tiempo para preparar una pequeña fiestecita en su habitación. No podía faltar la tarta grande de unicornio que habíamos tenido en nuestros otros cumpleaños; se había convertido en una tradición.

Teníamos guardado otro regalito para darle y Hugo nos dijo que también le había comprado algo. Primero cenaríamos en el restaurante y después subiríamos al fin de fiesta. En el minibar metimos un par de botellas de ginebra, tónica, hielos y limón en rodajas, lo necesario para tomar unas copitas a su salud.

Cenamos muy bien. La cocinera era una mujer mayor, que hacía las típicas comidas caseras de las abuelas que tan bien saben; de primero, me comí un revuelto de setas con gambas y de segundo, salmón, que me sentó fenomenal, por no hablar de la tarta de queso casera con mermelada de mora por encima; podría estar relamiéndome hasta fin de año.

Teníamos que cenar bien porque, si no, las copas nos sentarían fatal, así que me lo tomé al pie de la letra y me puse como un botijo.

Antes de entrar en la habitación, Hugo tapó los ojos a Cloe con un pañuelo para darle una sorpresa con las velas ya encendidas en la supertarta.

—Qué habréis hecho con ese pañuelo, porque a Hugo se le dan muy bien los nudos —se rio Gael.

—Qué cabrón eres —respondió Hugo con sorna.

—Yo también te quiero.

—¿Queréis dejaros de tanta charla y destaparme los ojos?

—Espera, impaciente, que la llavecita esta no entra, coño —se quejó Noe—. Ya está, joder, con lo bien que se abría antes con las llaves de toda la vida... y no tanta tarjetita y tanta modernidad.

Entré a encender las velas mientras los demás se colocaban alrededor de Cloe y Hugo le sujetaba el pañuelo para que no viera nada.

—A la de tres te lo desato —dijo él—. ¿Preparada?

—Sí.

—Una..., dos... y... tres. —Y la tela dejó paso a la luz.

—Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te deseamos todos, cumpleaños feliz —cantamos al unísono.

La sonrisa de mi amiga la delató; estaba feliz y yo me sentía feliz por ella, porque se merecía esto y más.



Noe fue la encargada de entregarle nuestro regalo (uno más) tras soplar las velas de nuevo.

—¿Otro? Pero ¿cuántas cosas me vais a regalar?

—Calla y ábrelo —apremió Noe.

Rompió el papel con ganas; esta vez no se anduvo con rodeos, como con el regalo de la lencería, y una vez lo rasgó se encontró con un álbum de fotos. En la portada, un mensaje impreso: «Por amor, siempre juntas». Y debajo, una fotografía de las tres cuando éramos unas niñas, con menos edad pero con la misma sonrisa e idéntica complicidad. Cloe nos miró con los ojos húmedos y cogió el álbum para abrirlo y ver lo que contenía.

Eran fotos de nuestra infancia y adolescencia, además de imágenes de su nacimiento que su madre nos había cedido, todas colocadas cronológicamente hasta el día de hoy. Lo habíamos hecho el libro por internet con la ayuda de un tutorial que te permitía colgar las fotos para formar el libro y te lo enviaba a casa. Disfrutamos muchísimo creándolo, porque surgieron tantos recuerdos y anécdotas que había sido una pena que Cloe no hubiera estado en ese momento, pero ahora tendríamos tiempo para verlo juntas y desgranarlo foto a foto.

Se levantó para darnos un abrazo y nos dio las gracias con la voz y con el alma.

Hugo fue el siguiente, y la verdad es que me moría por saber qué le había comprado.

—Ven, por favor —le pidió, dando una palmada en el colchón.

Ella se acercó y se sentó a su lado. Hugo se humedeció los labios y, antes de sacar su obsequio, quiso regalarle unas palabras.

—Cariño, gracias por aparecer en mi vida, por hacerme ver que todo es más fácil de lo que parece y que se puede llegar a ser feliz con solo una sonrisa; con la que me regalas todos los días ya me puedo morir tranquilo. Quiero que confíes en ti, porque vales muchísimo, y aunque estás mejor no

quiero que sientas que no eres perfecta, porque para mí lo eres, y sé que para mucha gente también. Te quiero. Jamás había querido así a nadie antes, me has enseñado a amar y a creer que existe el amor verdadero. Te amo. —Y le plantó un beso de película.

Los cuatro aplaudimos y vitoreamos la confesión entre alguna lagrimilla por parte de las unicornias, y es que semejante escena era para llorar a moco tendido. Pedazo de declaración de amor habíamos presenciado, y no solo eso, sino que iba dirigida a una de mis mejores amigas y de parte de uno de mis mejores amigos y mejor persona.

De repente, Hugo sacó de su bolsillo una pequeña caja de terciopelo azul y a todos se nos cortó la respiración, a mi amiga la primera. Se hizo un silencio sepulcral; todos estábamos expectantes. Era como ver una película romántica en directo y en primera fila. Se la tendió y Cloe la cogió temblando, y no me extrañaba nada; la abrió con delicadeza y ante todos apareció una pulsera de oro blanco, con una cadena fina y preciosa de la que colgaban dos corazones entrelazados con un par de iniciales: H y C.

Casi me derribo como la mantequilla, ¡pero qué bonita! Y qué gesto tan mágico por parte de Hugo. ¡Si es que yo sabía que ese chico valía millones!

Se fundieron en un abrazo que dijo más que las palabras, y les dejamos un poco de espacio mientras preparábamos los cubatas para que ellos disfrutaran en la intimidad ese gran momento.

Nos bebimos un par de copas cada uno que, mezcladas con la tarta, no teníamos muy claro si acabaríamos la noche todos con cagalera, pero había que arriesgarse. Nos reímos muchísimo con el álbum porque afloraban recuerdos a borbotones con cada imagen; hacía tiempo que no nos reíamos así las tres juntas.

Sobre las dos de la mañana decidimos poner fin a la fiesta, más que nada porque había más gente alojada en el hotel y ya no eran horas, y bueno, también porque nos habíamos terminado las dos botellas de ginebra y solo nos quedaba para beber el agua del grifo, así que cada mochuelo se fue a su olivo.

Yo iba algo tocada; no estaba muy acostumbrada al alcohol, y estaba que me descojonaba con todo. A Gael le hacía gracia verme así y me provocaba para que me riera más; era esa sensación de que sabes que no estás borracha, pero llevas ese puntillo guasón tan divertido. Y tan contentilla estaba que en cuanto entramos en la habitación me agarré a su cuello y lo besé hasta deshacerme en sus brazos.

—Estás desatada, cariño... —susurró Gael junto a mis labios.

—¿Tú crees?

—Vaya si lo creo.

—¿Y te gusta?

—Me encanta.

—¿Y si te digo que quiero hacerte el amor en la piscina? —musité.

Gael se separó y abrió los ojos como platos.

—¿Qué?

—Que si quieres que...

—Ya, ya, te he oído. Es que no me lo esperaba —tartamudeó—. ¿Estás segura?

—Nunca lo he estado más —sentencié.

Y allí que fuimos, de puntillas para no hacer ruido y tapándome la boca para no armar escándalo con mis carcajadas. Así fue como, escondidos en una esquina de la piscina, hicimos el amor en silencio, disfrutando plenamente de nuestros cuerpos.



A la mañana siguiente tenía un dolor de cabeza tremendo y me desperté con la típica frase de «no voy a volver a beber más», que sabía que incumpliría en cuanto saliera a tomar unas cañas con mis amigas.

Gael estaba en la ducha y me levanté para acompañarlo, a ver si me despejaba un poco. Me desnudé y entré.

—¿Aún te quedan ganas de agua? —bromeó, dándome un abrazo de buenos días.

—Me duele la cabeza —lloriqueé.

—Anda, ven aquí, pequeña. —Y me besó en la frente—. La ducha te vendrá bien para espabilarte.

—Eso espero, porque me va a reventar.

—Es lo que tiene beber. Ahora preguntamos abajo a ver si tienen algún analgésico.

—Gracias, cariño.

Cuando salimos bajamos a desayunar, aunque la verdad es que esta vez no nos pusimos como botijos; el alcohol de la noche anterior estaba haciendo estragos en nuestro cuerpo y almorzamos poquito.

Había que dejar las habitaciones a las doce, así que nada más desayunar recogimos las cosas y, a las doce menos cuarto, estábamos entregando las llaves.

Volveríamos igual que habíamos venido, cuatro en el coche de Gael y Hugo y Cloe en el suyo. Nos despedimos con muchos besos, abrazos y la promesa firme de que esto habría que repetirlo, aunque no hubiera cumpleaños de por medio; ya se nos ocurriría alguna otra cosa.

Me quedé medio dormida en el trayecto y cuando llegamos estaba como atontada. Marco había aparcado su coche al lado de mi casa, donde habíamos quedado el viernes, y se marchó con Noe hacia la suya, mientras Gael y yo nos despedíamos un poco apartados del portal.

—Menudo fin de semana, ¿eh? —dije, mimosa, agarrada a su cuello.

—Ha habido de todo —respondió, abrazándome.

—¿Lo has pasado bien?

—Muy bien.

—Yo también.

—Vente a mi casa a comer, Nai.

—No puedo. Les debo a mis padres pasar un día con ellos. —Le besé la punta de la nariz.

—Joder, es que se me hace tan difícil despedirme de ti...

—Mañana nos vemos de nuevo.

—Para mañana queda tanto...

—Te prometo que el próximo finde lo paso en tu casa.

—Bueno, vale..., pero también puedes pasarlo aunque te vengas a comer ahora —bromeó.

—Ya lo sé, tonto.

Nos besamos como si este fin de semana no lo hubiéramos hecho.

—Mándame un mensaje cuando llegues a casa —le dije.

—Vale. Venga, que te acompaño al portal.

Y nos despedimos con un abrazo y un beso hasta el día siguiente.

Subí a casa como flotando. Estaba tan feliz en ese momento..., todo me iba bien: los estudios, el amor, la amistad, la familia... Era todo perfecto.

Metí la llave, entré en casa con un «¡Hola! ¡Ya estoy aquí!» y me recibieron con otro «¡Estamos en el salón!». Cuando entré, dejé la maleta y fui a besarlos.

—¿Qué tal, hija? —me preguntó mi padre.

—Muy bien. Lo hemos pasado fenomenal.

—Cuánto me alegro, cariño —respondió mi madre.

—¿Y se celebra algo? —pregunté.

—¿Por qué deberíamos celebrar algo? —dijo mi padre, enviando una sonrisa cómplice a mi madre.

—Primero, por las cervezas que os estáis bebiendo, que no son las habituales; es cerveza negra y solo la tomáis en celebraciones, y porque le acabas de lanzar una mirada a mamá que si querías que no me diera cuenta lo has hecho fatal. A ver, contadme. —Y me senté en el sillón.

Los dos se miraron como adolescentes, felices, y con algo que contar que se les escapaba por la boca en forma de sonrisa.

—¡Disparad! ¡Me estáis poniendo nerviosa! ¿No estaréis embarazados?

—¡Noooo! —intervino mi madre, casi sin dejarme acabar la frase—.
¡Qué dices, hija!

—Mi padre se carcajeó.

—Yo qué sé, es que me estáis asustando.

—Pues estate tranquila. —Mi madre hizo una pausa—. Han ofrecido a tu padre otro ascenso en el trabajo.

—¿¿Sí?? ¡¡Pero eso es genial!! —Y me levanté a abrazarlo con fuerza—.
¡Felicidades, papá! ¡¡¡Si es que vales mucho!!!

—Van a abrir otra fábrica en Madrid y quieren que la lleve yo.

—¡Serás el jefe!

—Puede decirse que sí.

—¡¡¡Me alegro muchísimo!!!

—Y hay algo más —dijo mi padre.

—¿Más? —me interesé.

—Han ofrecido a tu madre un puesto mucho mejor que el que tiene ahora en la fábrica donde yo trabajaré.

Los ojos casi se me salen de las órbitas.

—¿En serio? Pero... ¡no sé qué decir! —Y fui a por mi madre y me tiré encima de ella—. ¡Qué bien, mamá! ¡No os imagináis lo contenta que estoy!

—Y nosotros, hija.

—¿Cuándo os enterasteis?

—El viernes —contestó mi madre—, pero no te dijimos nada porque preferíamos hablarlo cara a cara.

—Joder, ¡tendríais que habérmelo dicho!

—¡Esa boca! —gruñó mi padre.

—Perdón, perdón. Jo, qué alegría. —Me dejé caer en el sillón, exhausta de tanta emoción—. ¿Y cuándo empezáis?

—Pues ese es el problema —dijo mi padre.

—¿Problema? ¿Por qué?

—A ver, antes de empezar a trabajar necesitamos una formación, yo porque nunca he dirigido una empresa y tu madre porque nunca ha trabajado en ella.

—Pero eso no es malo, ¿no?

—Ya, el tema es que la formación es de dos meses.

—Perdonadme, pero sigo sin entender cuál es el problema.

—El problema, Nai —intervino mi madre—, es que la formación es fuera de Madrid.

—¿Cómo?

—Que nos vamos a vivir fuera dos meses.

La sangre se me heló.

—¿Cómo que «nos vamos»?

—Sí, Nai, en un par de semanas nos marchamos fuera los tres dos meses.

No puedes quedarte aquí sola. Hablaremos con tus profesores y lo arreglaremos todo.

Sentí como si me clavaran un cuchillo en el mismo corazón.

—Yo no me voy a ningún sitio —amenacé.

—Tú vienes —dijo mi padre, tajante—, así que ve preparando las cosas que en unos días nos vamos fuera.

Creí morir. ¡No podía irme! ¿Y Gael? ¿Y mi vida?

Corrí a mi habitación, me encerré y me eché a llorar sobre la almohada.

Sabía que todo no podía ser tan perfecto.

FIN



María Beatobe nació en Madrid un 14 de febrero de 1979. Educadora Infantil de profesión y graduada en Educadora Social, practica la docencia desde hace dieciséis años en un centro educativo.

Su vida diaria se desarrolla entre el cuidado de sus mellizos, el trabajo en una casa de niños y la escritura en los tiempos que consigue sacar.

Escritora de romántica desde los quince años, es amante de caminar descalza, sentarse en el suelo y cantar a voz en grito en el coche.

Esta es su cuarta novela publicada, tras *¿De verdad existes?*, *Cuando es amor*, *las mariposas nunca mienten* y *Déjame cuidarte*.

facebook: maria beatobe escritora

twitter: @mariabeatobe

instagram: @mariabeatobe

pinterest: maria beatobe

Fuimos magia.
Por amor IX
María Beatobe

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la portada, pink panda / Shutterstock

© María Beatobe, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): diciembre de 2017

ISBN: 978-84-08-18022-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

Mariposas en tu estómago (primera entrega)

Natalie Convers

Mi error fue amar al príncipe. Parte I

Moruená Estríngana

Mi error fue amar al príncipe. Parte II

Moruená Estríngana

Heaven. El hilo rojo del destino

Lucía Arca

La chica de los ojos turquesa

Jonaira Campagnuolo

Aura cambia las zapatillas por zapatos de tacón

Alexandra Roma

Una canción bajo las estrellas

Laura Morales

Viaje hacia tu corazón

Moruená Estríngana

Suki Desu. Te quiero

Kayla Leiz

La magia de aquel día

Clara Albori

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

